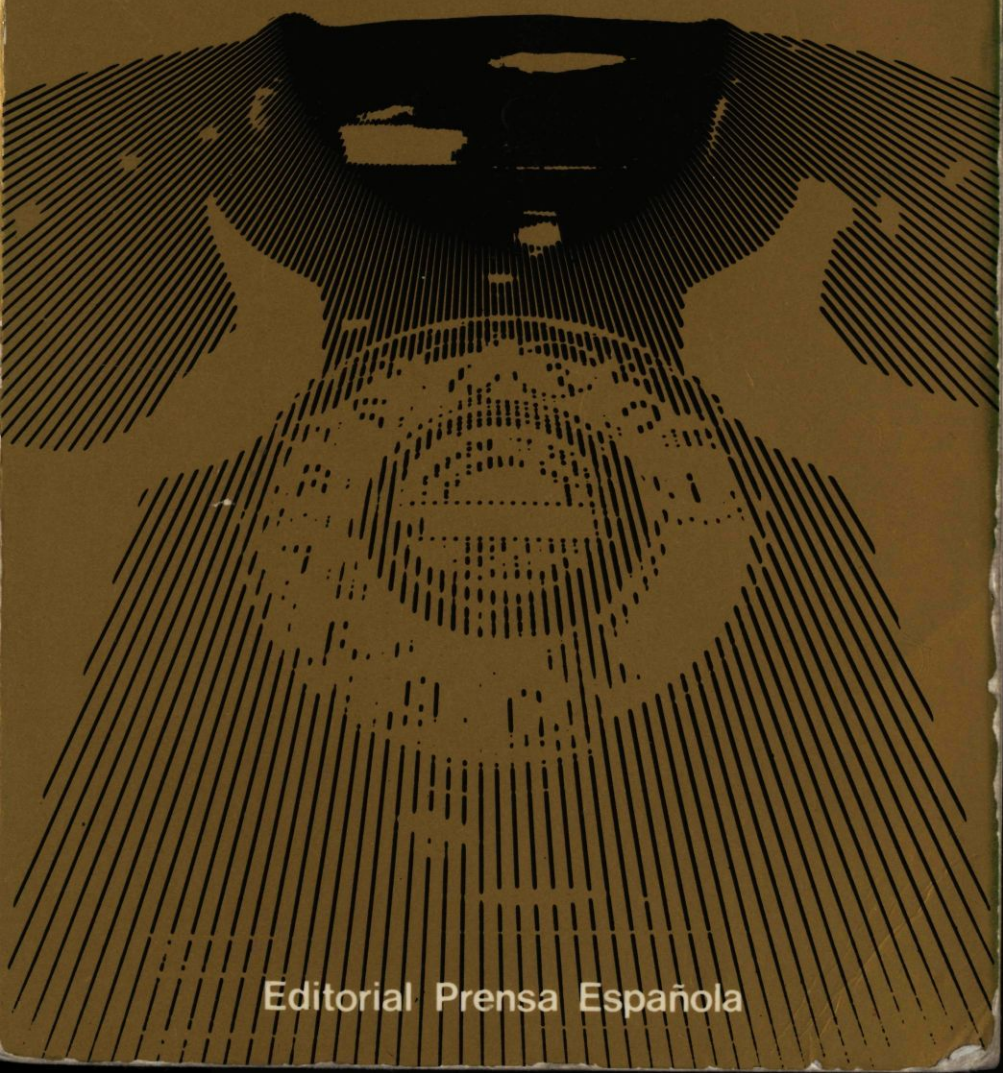


**LOS ESPAÑOLES PINTADOS POR SI MISMOS**

**Manuel  
Márquez Mira,  
hombre  
de empresa**



**Editorial Prensa Española**



---

LOS ESPAÑOLES PINTADOS POR SI MISMOS

---

**MANUEL MARQUEZ MIRA, HOMBRE  
DE EMPRESA**

---

HOMBRE DE EMPRESA

EDICIÓN DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID



---

LOS ESPAÑOLES PINTADOS POR SI MISMOS

---

---

MANUEL MARQUEZ MIRA,

---

HOMBRE DE EMPRESA

---

*Vincente J. J. J.*

---

EDITORIAL PRENSA ESPAÑOLA

---

LOS ESPAÑOL-ES RINTADO POR SI MISMO

MANUEL MÁRQUEZ MIRA,

HOMBRE DE EMPRESA

---

© M. Márquez Mira, 1976

---

© Editorial Prensa Española. Padilla, 6 - Madrid-6

---

Depósito legal: M-11.225-1976

---

ISBN: 84-287-0387-6

---

Cubierta: AL-ANDALUS

---

Talleres «Prensa Española, S. A.». Josefa Valcárcel, 52. Madrid-27

---

---

**Dedico a todos mis nietos  
estos recuerdos, a cuyo re-  
lato me ha estimulado el  
mayor, mi querido Manuel.**

---



*Todas las biografías y las autobiografías se refieren a personas importantes que juegan o han jugado un papel sobresaliente en la vida del mundo o de su pueblo. Sus nombres, con una calificación positiva o negativa, han sido señeros, discutidos, populares... Por su sola enunciación resuenan y atraen: ¡son sugestivos! A su alrededor se ha creado una atmósfera apasionada que durante muchos años es tornadiza y contradictoria: en ella flota, sufriendo los vaivenes que imponen las críticas y el tiempo, su personalidad distorsionada y cada vez más artificial. ¿Cómo, aun siendo honesto y objetivo, el escritor puede desprenderse de ese ambiente apasionado que envuelve a su personaje? Por otra parte, el Personaje, con mayúscula, tiene siempre los atributos del héroe, y el héroe ya por sí es un ente mixtificado: mixtificado por los demás y mixtificado por él mismo. El héroe, en la mayoría de los casos, cuando ha tomado conciencia de su valor, va perdiendo naturalidad y suele ir apareciendo en escena con una gran dosis de histrionismo.*

*Los problemas que se le presentan al autor de una biografía, del relato de la vida de un héroe, son extraordinarios; pero, aunque parezca paradójico, vienen agravados por las brillantes dotes intelectuales del que escribe, que no se contenta con copiar y retratar, sino que indaga, escudriña y se cree obligado a desplegar todas sus dotes de psicólogo para penetrar en el yo del personaje, interpretando sus actos, sus palabras y su conducta. No retrata, pinta; pero hay muchos modos de pintar. Por eso son tan diferentes las biografías de un mismo personaje.*

*Por todas estas razones suelo conceder sólo escaso margen de credibilidad a las biografías que he leído, y cuando el biografiado es de gran talla concedo un valor muy secundario a gran parte de los juicios y relatos del autor de la biografía. El personaje habla por sí mismo y se escapa de los límites del libro. Por otra parte, a más*

*fuertes rasgos de su personalidad, más difuminado resulta su entorno.*

*Y yo me pregunto: ¿Por qué apenas se piensa en la vida de una persona cualquiera? ¿Por qué no llevar a las páginas de un libro una vida de esas que se dicen sin importancia y que, no obstante, tienen toda la trascendencia de ellas mismas y de su entorno? ¿Cómo se conoce mejor la vida de las hormigas, relatando la historia de su reina o la vida y vicisitudes de una hormiga obrera?*

*El hombre importante cada vez es más él solo; tiene menos intercomunicación con los que le rodean. El hombre sin importancia es él y todos los demás.*

*Por eso me he decidido a relatar la vida de un hombre sin importancia, la vida de un hombre cualquiera, de un hombre en continua comunicación con todos los demás porque sin ellos no sería nada, y tiene que ser, es imperativo para mí que sea porque ése soy yo.*

El titular este capítulo «El ambiente» reconozco que no es muy ortodoxo y responde exclusivamente a un imperativo de ordenación y a la aceptación modesta de una costumbre establecida. Por lo demás, no se puede entender ni comprender un trozo de vida, un acontecimiento..., ni siquiera un gesto, sin su característico ambiente.

Para mí, el ambiente arranca de mi pueblo, y dentro de mi pueblo, por encima de todo, la plaza. La plaza, que era de todos, donde convergían todos y donde más o menos se desarrollaban todos los acontecimientos de nuestras vidas. La plaza, en forma de pistola con una ancha culata, parecía dominada y presidida por el campanario de la iglesia, erigida al final de unas largas escaleras que arrancaban desde una pequeña plazoleta trasera.

Frente a la iglesia se veía el cerro Lagos, monte pelado, con unos cuantos algarrobos y ruinas de una casita, que hacía años se había construido Antonio Ruiz para poder ver en las noches de verano más cerca las estrellas. No tardó mucho en comprender Antonio que son los sueños los que nos remontan hacia las estrellas y que construir una casita unos cientos de metros más arriba para verlas más de cerca era una estúpida manera de despertar; por eso, para seguir soñando, había quemado la casita.

Como un gran balcón sobre la plaza, calles escalonadas en diferentes niveles agrupaban cientos de casucas, la mayoría blancas y otras pocas ennegrecidas, que parecían agarrarse las unas a las otras para no despeñarse en el espacio.

Un largo poyo con baranda nos asomaba a una especie de hondonada que llamábamos la «Jolla», donde se encontraba un hermoso palacio, el mejor edificio del pueblo, coronado por unas estatuas que eran o parecían de emperadores romanos. Allí vivía don Esteban.

Durante el día, la baranda (nosotros al poyo le llama-

bamos así) estaba poblada de grupos de viejos que tomaban el sol, despedían un tufo de braguetas viejas y, con las manos nudosas apoyadas en palos más nudosos todavía, hablaban poco, pero con tono sentencioso, interrumpido de cuando en cuando por risas un poco infantiles que enronquecían sus bocas desdentadas y en las que siempre se veía un cigarrillo apagado, amarillento y rezumando saliva.

En los días de invierno, cuando el sol se marchaba, trataban de encender los cigarrillos apagados y sus manos temblorosas se deslizaban por sus pantalones, desde la cintura hacia abajo, en busca del calor, ya casi extinguido, del «brasero de los pobres».

El hablar de aquellos viejos era algo inconexo y teníamos los chicos que estar un rato ante ellos para llegar a comprender el tema de la conversación:

—Dice mi hijo que hogaño va haber en Carlaja sólo una *rebuscá* de aceitunas.

—Si las ramas no tienen *juerza*, ya se sabe..., *er* viento se las lleva.

—Es que Carlaja está como *mu desamparao*.

—Al olivo hay que darle lo suyo. Es un árbol muy *agradesío*; si se le labra y se le abona más, más da; si se le abona menos, da menos.

—Sí; los olivos son como las *jembras*, ¡ji, ji!; más dan al que más las calienta.

Yo debía ser muy curioso o muy observador porque me atraía el espectáculo de aquellos pobres viejos, que iban soltando frases salpicadas en largos silencios y alguna que otra risotada, con la que trataban quizá alegrar o iluminar sus almas, ya secas, y más bien parecía que las resquebrajaban.

¿Qué más tenía la plaza? Sin género de dudas, el casino.

Hay que reconocer que, en aquella época, en todos los pueblos pequeños existía un acusado espíritu de clase y una tendencia a apuntalar por todos los medios una minoría que, con gran respeto por sí misma, infundía respeto a los demás y se conducía en todos sus actos con cierta elegancia y señorío. Afable y servicial con los que consideraba inferiores, huía de todo lo chabacano, de

cualquier signo estridente, y así se había refugiado en aquel casino, que era mirado por los de fuera como una especie de santuario donde sólo podían entrar los escogidos. Con el tiempo, la entrada fue más fácil y el ambiente resultó progresivamente adulterado.

Y yo, ¿quién era yo? Pues, señores, ha llegado el momento de presentarme: unos pocos más y yo éramos los cagatintas de la plaza. Eramos los hijos de los que vivían en la plaza, de los socios distinguidos del casino, de los que tenían una carrera o de los que, por una u otra causa, continuaban figurando en las filas de los señoritos.

Los chicos de allá arriba, los de la calle Alta, Andalusía, El Henchidero, Las Cruces, los de todo ese mundo que colgaba sobre la plaza, cobijado en casuchas, sólo veían en nuestros padres —secretario de Ayuntamiento, médico, telegrafista, procurador— hombres que no cavaban la tierra, que no hacían zapatos, que no eran carpinteros...; se trataba, en definitiva, de gente que vivía sin trabajar por que sus manos sólo empuñaban una pluma que de cuando en cuando mojaban en tinta. La tinta, para ellos, era un símbolo de señoritismo y nosotros éramos sencillamente los cagatintas de la plaza. No se crea que el calificativo de cagatintas constituía una línea divisoria infranqueable y permanente. De ninguna manera. Téngase en cuenta que un gran número de chicos íbamos a la escuela pública, único centro de enseñanza del pueblo. Allí convivíamos y planeábamos nuestras pequeñas aventuras los de allá arriba y los de abajo; los que usábamos botas o zapatos y los que iban descalzos o en alpargatas, los que en invierno nos cubríamos con trajes de lana y los que en todo tiempo usaban blusas de dril. En aquella pequeña sala de la escuela, poblada con ochenta alumnos, convivíamos todas las clases sociales del pueblo. La mayoría de aquellos chicos descalzos gustaban de rodearnos a los de la plaza, compartían con nosotros a veces el chocolate o el queso de nuestras meriendas y, asimismo, nos brindaban generosos las naranjas, manzanas o membrillos, ganados en sus merodeos por los huertos o cercanías del pueblo.

Casi todos los chicos de la escuela eran nuestros amigos; algunas veces, como es natural, nos peleábamos y

estábamos obligados los de la plaza a despojarnos de nuestras botas para evitar la inferioridad que constituían sus pies delcalzos.

No; no eran estos chicos los que solían llamarnos cagatintas. Eran los de muy allá arriba, los que no iban casi nunca a la escuela y que periódicamente llegaban a la plaza como hordas invasoras a desafiarnos, llamándonos maricones y cagatintas. Cuando se cansaban de pelear entre ellos y una ventolera de vitalidad les llevaba a provocarnos, sentían con toda la fuerza atávica el odio de clase que venía germinando Dios sabe en cuántas generaciones.

¿Cómo reaccionábamos los de la plaza? Nos acusaban tanto de señoritos, nos rodeaban tanto de aureola de señoritismo que, niños como éramos, llegábamos a sentirnos como pequeños señores feudales: organizábamos nuestras huestes (los chicos pobres que nos seguían) y, con piedras y palos, siempre en vanguardia, acometíamos a los que nos desafiaban. Siempre nos zurrábamos unos a otros, pero nunca en ningún bando hubo una derrota completa. Cuando estábamos más enzarzados llegaban los dos alguaciles del pueblo y ponían en fuga a la horda. Aunque fuera sin razón, siempre nos considerábamos vencedores.

Al pasar los años, he pensado en aquellos chicos de pies descalzos que nos ayudaban y, aunque cerebralmente los tacho de serviles, no dejo de recordarles con una enorme ternura. Y a los otros, a aquellos bárbaros que nos llamaban cagatintas y maricones, les dedico toda mi comprensión y hasta cierto respeto. ¡Qué útil es educarse en una escuela pública! Aquellos sentimientos fueron moldeándose lentamente, limándose todas las aristas de señorito, haciéndome comprender a todas las clases sociales, con sus cualidades y sus defectos, con todo aquello que puede disculparlas; pero sin caer en las ridiculeces ni ñoñerías que durante un tiempo ilustraron el, por fortuna, desaparecido género pastoril.

¡Mi plaza de día y mi plaza de noche! Durante las horas diurnas, ¡cuánta luz, cuánto gritar, cuánto entusiasmo en nuestros juegos: el trompo, el aro, las flechas, la cerbatana, el mocho y la billarda, el salto al palo...! Estos

juegos nunca fueron simultáneos. Todavía hoy, después de tantos años, no puedo explicarme qué aviso misterioso recibíamos para abandonar el aro y empezar todos en diferentes corrillos a jugar al trompo; cómo abandonábamos éste y nos armábamos de un arco y de carrizos para tirar flechas... Cómo, en fin, desaparecían esos juegos y una tarde empezábamos todos a saltar en grupos sobre un compañero agachado, juego éste que ignoro por qué se llama salto al palo.

Por las noches, los chicos corríamos o nos contábamos cuentos y las chicas hacían su aparición cantando en corro hasta que nosotros nos creíamos obligados a dispersarlas, empleando siempre la misma frase sin gracia, que no sé dónde la aprendimos, pero que estimábamos como el mejor exponente de nuestra masculinidad: «Meto la pata y apago el candil, meto la pata y apago el candil...»

Las chicas volvían a reagruparse y entonces rápidamente solían cantar: «En esta plaza ancha no se puede jugar porque vienen los chicos *na* más que a fastidiar...» Casi nunca podían terminar la copla.

Para completar el colorido de mi plaza hay que añadir los abucheos que, por ráfagas, dedicábamos a unos cuantos mendigos muy pintorescos, cada vez que se aproximaban armados de muletas y entonando cánticos en loor a la Virgen de los Dolores.

De todos ellos, ninguno era tan unánime y permanentemente abucheadado como el llamado «Capaor». Al asomar este dechado de suciedad, cubierto de harapos, balanceándose con sus dos muletas, comenzábamos todos a gritar: «¡"Capaor"! ¡Militar! ¡Jembrero!». Nunca comprendí, y sigo sin comprender, por qué le llamábamos ni por qué le ofendía tanto el apodo de militar. Desde pequeños, cuando hablábamos de miedos pasados durante la noche en algún descampado, hacíamos intervenir indefectiblemente a un desconocido que nos perseguía y al que llamábamos un *capaor*. ¿Por qué? Nadie lo supo. Pero esta especie de «conseja» explica el calificativo de *capaor* con que distinguíamos a nuestro mendigo. Pero, ¿qué explicación tenía lo de militar? ¡*Capaor*, militar, *jembrero*! Todos, la mano derecha ahuecada junto a la boca, perseguíamos con aquellos gritos al desgraciado. El «Capaor»

echaba un torrente de maldiciones, de las que eran los principales beneficiarios nuestros padres, junto al alcalde y al gobernador. «¡Pueblo de "climinales", que siempre estáis en la imprenta, me cago en vuestro alcalde!» Para él, la imprenta eran los periódicos, y figurar en ellos era privilegio que estaba reservado a aquellos pueblos en los que se cometían actos delictivos. A pesar de los buenos deseos del «Capaor», nunca tuve la satisfacción de ver el nombre de mi pueblo en el periódico de la provincia, que era el único con el que de cuando en cuando tropezábamos. Las maldiciones del «Capaor» se interrumpían cuando menos se esperaba y soltaba su perorata: «La Virgen de los Dolores tiene el corazón "partío"... Una limosnita y que Dios se lo pagará». A veces, el «Capaor» desaparecía durante varios meses. «¿A dónde habrá ido?», inquiríamos curiosos. Cuando menos se esperaba asomaba por la carretera, bordeada por unas rocas, que conducía al pueblo, y todos, desde arriba y desde abajo, en dos filas, casi formados para recibir a un personaje, jalonábamos su paso con los gritos inevitables de «¡"Capaor", militar, "jembrero"!».

---

## EMPIEZO A INDIVIDUALIZARME

---

Un poquito, sólo un poquito, pero empiezo a individualizarme. Recuerdo, como si la estuviera viendo, la primera plana más o menos formal que escribí en mi escuela. La encabezaba así: «Torrox, 15 de octubre de 1910. Manuel Márquez Mira, discípulo de don Francisco Luque Román». Tenía, ¡Dios mío!, seis años y disfrutaba de un maestro verdaderamente excepcional. Admito que se ha avanzado mucho en sistemas didácticos, me da vergüenza no reconocerlo; pero permítaseme declarar que no puedo evitar una sonrisa llena de escepticismo cada vez que me hablan de este tema. Recuerdo lo que aprendí con don Francisco hasta los nueve años y medio, saliendo de la escuela a las cuatro de la tarde y sin hacer ningún deber en casa.

Leíamos en manuscrito de letra enrevesada, analizábamos, sabíamos nuestra geografía e historia elementales, nociones de fisiología, de física y de química, geometría, reglas de tres simple y compuesta, interés, regla de compañía, mezclas, doctrina, Historia Sagrada y, desde luego, lectura, con muy buena entonación y sin ningún tropiezo.

Eramos ochenta alumnos, que don Francisco iba dividiendo en secciones, cuya enseñanza corría a cargo de los muchachos avanzados, y a los que nos llamaba instructores.

Don Francisco era un prodigio de eficacia, aunque aparentaba no esforzarse. Decía estar enfermo del corazón y su obsesión era respirar aire puro. La respiración de ochenta muchachos concentrados en una sala de escasas dimensiones, junto a los frecuentes gases que desprendíamos, no era la atmósfera más apropiada para el maestro, que se defendía con un frasco de oxígeno (eso decía él) junto a la nariz e imponiendo severos castigos a los productores de gases malolientes. Eran los instructores los encargados de ir oliendo de uno en uno a los muchachos de su sección para localizar al culpable. La localiza-

ción no debía ser a veces ni muy segura, ni muy imparcial porque daba lugar a innumerables discusiones.

Recuerdo que un muchacho, Fernandillo Bicicleta, solía acusar de una manera verdaderamente rotunda y expresiva: «Don Francisco, este niño "sa fundió"». ¿Puede describirse de manera más inequívoca el acto del desprendimiento gaseoso?

Un día a la semana recibíamos la visita del párroco, que empezaba a hablarnos de la manera más pintoresca de Historia Sagrada y terminaba hablando de todo lo que se le ponía por delante, bajo la mirada socarrona de nuestro don Francisco. ¡Qué hombre más extraordinario aquel párroco! Era don Rafael —así se llamaba— un hombre verdaderamente bueno, profundamente caritativo y de un gracejo poco común. Pero lo verdaderamente divertido de nuestro párroco era que, a fuerza de imaginativo, se había convertido en un solemne embustero.

Recuerdo la explicación que nos daba del funcionamiento de los aviones: «Un avión y un automóvil vienen a ser lo mismo; sólo se diferencian en que el motor del automóvil tiene un tornillo horizontal y el avión lo tiene vertical. ¿Comprendéis?».

Este personaje tan pintoresco figurará con frecuencia en esta pequeña historia de mi vida; pero, por ahora, basta consignar que con sus explicaciones lo pasábamos muy divertido y que estábamos deseando de que nos visitara porque, siempre generoso, solía repartirnos caramelos.

Naturalmente, en la escuela fuimos formando grupos de mayor intimidad, que nos favorecíamos cuando teníamos oportunidad y programábamos nuestros juegos y diversiones. La oportunidad solía ofrecérnosla don Francisco casi todas las tardes. Cuando le causaban los ruidos demasiada molestia, solía buscar el silencio acudiendo al siguiente concurso: «Fulanito —y se dirigía casi siempre a uno de los cuatro más adelantados—, vigila a todos; los tres más formales pueden salir contigo a las tres y media». Indefectiblemente nos escogíamos Rogelio, «El Ratica», Salvadorillo y yo. Como una exhalación salíamos los cuatro, cogíamos en nuestras casas un trozo de pan con queso y, comiendo por la calle, solíamos dirigirnos

por la carretera hasta una especie de corral-huerto abandonado, anejo a un antiguo convento, donde preparábamos nuestras trampas con trozos de higos secos y, escondidos detrás de un pequeño balate, esperábamos anhelantes, mientras veíamos acercarse a los gorriones. ¡Qué emoción el escuchar el «pío, pío» de los pobres pajarillos mientras hacían esfuerzos con sus alas para escaparse! A veces, conseguíamos dos o tres gorriones cada uno, que brutalmente rematabamos, y después, sin saber por qué ni cómo, empezábamos a hablar de lo que seríamos de mayores, de nuestras respectivas preferencias. Rogelio Vargas, un muchacho dos años mayor que yo, porque hacía unos dibujos geométricos muy limpios y que merecían siempre las mejores calificaciones de don Francisco, aseguraba que su porvenir estaba trazado y que él se ganaría la vida pintando cuadros. Ninguno se lo discutíamos. ¡Demonio! ¡Hacía tan bien los triángulos y los rombos! Los otros tres, decididamente, nos iríamos a América, y América era, naturalmente, Buenos Aires. En el pueblo era costumbre muy extendida, sobre todo en las gentes modestas, enviar a sus hijos a América cuando se aproximaban las quintas, en previsión de que en el sorteo les tocara el servicio militar. Por regla general, por aquellas tierras ultramarinas tenían un hermano mayor o un pariente que, llegada la hora, les enviaba dinero para el pasaje. «¡Ya hemos recibido el pasaje!», solían decir los padres del futuro emigrante. Y la alegría con que se pronunciaba esta frase tenía más que ver con vagas ilusiones de riquezas que con la evitación del servicio militar, que había llegado a constituir sólo un pretexto. El hijo ya podía ir a Perú, a Chile o a Nicaragua, que indefectiblemente los padres decían lo mismo: «Está en Buenos Aires». De esta ciudad lo esperaban todo y era toda América para ellos.

Salvadorico, «El Ratica» (nunca supe su nombre) y yo iríamos a Buenos Aires, donde, naturalmente, haríamos fortuna. Precisamente «El Ratica» y yo teníamos unos primos que la habían hecho, y a nuestros oídos habían llegado cifras increíbles de cabezas de ganado y de extensión de trigales, junto con unos establecimientos comerciales de grandes dimensiones y renombre. Nosotros tenía-

mos en quienes apoyarnos, pero Salvadorico tendría que trabajar de firme para salir adelante.

Cuando más engolfados estábamos en nuestros proyectos de argonautas surgió una dificultad: yo podía superarla fácilmente, pero los otros dos tendrían que esperar cierto tiempo para resolverla. En efecto, no habíamos caído en la cuenta de que a Buenos Aires había que ir en barco y que éste podía hundirse en el océano. Era indispensable saber nadar y para esto había que ejercitarse.

Salvadorico y «El Ratica» veraneaban en un pequeño cortijo sin posibilidad alguna de hacer ejercicios de natación. Yo, en cambio, veraneaba siempre en una casa junto al mar y en cuanto llegara junio empezaría mis ensayos. Estaba seguro de que en un verano resolvería mi problema, y de que el problema era grave no se podía dudar. Precisamente una de nuestras conversaciones preferidas se refería al hundimiento del «Reina Regente», barco, según nosotros, de tremendas dimensiones (por lo menos de una longitud dos veces la de nuestra plaza), que se había perdido al cruzar el Estrecho y del que nunca se supo cómo desapareció. No había habido supervivientes, y nosotros nos sorprendíamos de la imprevisión de pasajeros y marinería, que se habían embarcado sin saber nadar. Recuerdo que durante años se habló de aquel barco, cuyo hundimiento se adornaba con detalles fabulosos. Seguramente tuvo lugar en fechas muy anteriores a la que yo hago referencia.

Después de las cuatro de la tarde, a la salida normal de la escuela, solían unirse a nosotros Pepito Ariza, el hijo del farmacéutico; Luisito, hijo del médico; Paquito López, hijo del administrador de Loterías, y Cielo, que me parece era hijo de una lavandera. Jugábamos a los «tentes», que consistía en colocar unas piedras de pie, a las que por turno disparábamos gujarros desde una distancia determinada. Cielo —el más embustero de todos— contaba historias enrevesadas e inverosímiles. «Es bola, Cielo; eso es bola», le apostrofábamos todos. Invariablemente y con todo calor acostumbraba a decir Cielo: «Permítamelo el Señor mi Dios que, si es mentira lo que digo, le dé un dolor miserere a Baraita que reviente». Baraita era un

barbero cuyo establecimiento estaba en un bajo de la plaza. Recuerdo que una vez, sin darse cuenta de la cercanía, soltó Cielo su estribillo: «Permítamelo el Señor mi Dios que si es mentira lo que digo, le entre un dolor miserere a Baraita que reviente». ¡Con qué indignación pintada en el rostro salió Baraita, navaja en mano, persiguiendo a nuestro amigo! «Cielo, me cago en la madre que te parió», repetía el barbero.

De ese chico, recuerdo muy poco, casi sólo una difuminada cara simpática y truhanesca, pero sin poder concretar los rasgos. Todo él sigue para mí envuelto en el estribillo «permítame el Señor y mi Dios...».

En cambio, «El Ratica», que creo debía tal apodo a su escasa altura y viveza de gestos, nieto de la conservadora de la iglesia-convento —había sido convento y seguía con este nombre—, me proporcionó la satisfacción de considerarme un fisonomista extraordinario. Cincuenta años después de nuestro último contacto, se me presentó mi secretaria anunciándome que dos de mi pueblo querían verme. Les hice pasar y uno de ellos me dijo: «Supongo que usted no me conocerá». Le miré un momento y con la mayor alegría me oyó decirle: «Tú, tú eres "El Ratica"».

Pepito Ariza era algo raro; lo mismo salía y jugaba todos los días con nosotros que se recluía en su casa y no le veíamos más que en la escuela. Casi siempre, sus reapariciones las hacía encendiendo lo que llamábamos triqui-traques, especie de pequeños petardos que al estallar producían un ruido que justificaba su nombre. Era primo de Luisito y de Paquito López, y los tres se llevaban muy mal. Con Paquito tuve muchas peleas porque presumía de valiente y, en efecto, solía ser muy decidido hasta el último segundo que se echaba para atrás. Era lo que llamábamos un bocazas. Luisito parecía que se peinaba con fijador; era el más presumido y el mejor vestido. Salvadorillo era mi más fiel amigo, siempre íbamos juntos y en las peleas hacíamos causa común.

Mi amistad con Rogelio, dos años mayor que yo e hijo de un zapatero, obedecía a que los dos éramos siempre los primeros de la escuela y nos servía de elemento de enlace con otros mayores como Fernandillo Bicicleta y Cascabeles.



Nuestras diversiones más emocionantes giraban alrededor de las dos grandes instituciones del pueblo: la iglesia y la fábrica de azúcar. Era por la misma época cuando iglesia y fábrica fijaban más nuestra atención; me refiero a la Semana Santa, que siempre coincidía con el período de molienda de la caña; esto es, cuando iglesia y fábrica lucían todo su esplendor.

A decir verdad, la iglesia nos atraía todo el año. Éramos amigos de los monaguillos, y con ellos subíamos unas tortuosas escaleras que nos llevaban al campanario para asistir desde cerca a los complicados y diferentes tañidos a que sometían las campanas según los días y las horas. ¡Cómo repican las campanas en los pueblos! ¡Cómo se anuncian las fiestas! ¡Qué alegría parecía sacudirnos en los luminosos días, cuando los largos e insistentes toques hacen temblar el campanario de mi pueblo! Algo en nuestros ojos y nuestras palabras parecían expresar una comunión eufórica cuando nos encontrábamos en nuestra plaza bañada de sol y estremecida por el concierto que desde lo alto de la iglesia nos brindaban los monaguillos.

Pero la Semana Santa... (¡!). La Semana Santa empezaba, naturalmente con su preparación. Las imágenes se sacaban días antes de sus capillas para colocarlas sobre andas. El mando supremo de todas las operaciones desde esta fase hasta que terminaba la última procesión la tomaba Fernando Castro, uno de los principales de la Cofradía que lo abandonaba todo, familia y oficio (era carpintero) para entregarse en cuerpo y alma a las funciones que su talento y entusiasmo le reservaba todos los años. La primera orden que se daba era cerrar las puertas de la iglesia para que pudieran actuar tranquilos los que habían tomado en sus manos la dirección operacional, y naturalmente todos los chicos eran puestos en la calle. Salvadorcillo y yo nos colábamos siempre. ¡Qué satisfacción colarse en cualquier sitio! Colarse, el solo hecho de

colarse representaba un éxito, y una vez dentro se nos toleraba, y aun de cuando en cuando se colmaba nuestro orgullo, cuando Fernando Castro requería nuestra ayuda para que le acercáramos un martillo, un clavo...

En las procesiones tomaban parte nazarenos, apóstoles y romanos. Los romanos tenían un capitán y era el puesto más codiciado en el sorteo que se realizaba entre todos los afiliados a la cofradía. Había mozos de condición económica modesta que ofrecían grandes cantidades para comprar el puesto. Yo tengo que reconocer que era un poco enchufado. Mi padre no estaba afiliado a la cofradía, y, no obstante, conseguía que me prestaran un traje de nazareno y un guión, constituido por una larga vara terminada en una esfera metálica con una cruz. Teóricamente (y yo creía que realmente), con el guión en mis manos, yo podía dirigir las procesiones. Empezaban la tarde del Jueves Santo, pero el acto verdaderamente excepcional se desarrollaba por la mañana. En efecto, a las seis de la mañana se asomaba al balcón central del Ayuntamiento nuestro ínclito párroco, don Rafael Ordóñez, y dirigía una de las más curiosas representaciones que puedo recordar.

Bajo su mirada, y en la parte ancha de la plaza, se encontraba la imagen de la Oración del Huerto, rodeada de apóstoles hincados de rodillas y fingiendo estar dormidos. A una indicación del director de ceremonias, irrumpían los romanos precedidos por Judas Iscariote, quien, después de recibir unas monedas, señalaba a Jesús con una linterna. Los romanos se lanzaban con cuerdas para atar la divina imagen, y entonces, se alzaban los apóstoles, y el que representaba a San Pedro desenvainaba la espada e iniciaba un largo duelo con el capitán de los romanos. El duelo, seguido por todos nosotros con extraordinario interés, nos parecía siempre corto y duraba lo que quería don Rafael. A indicaciones de éste, los apóstoles abandonaban la plaza y los romanos se llevaban prisionero y atado con cuerdas a Nuestro Señor, mientras las mujerucas que contemplaban el espectáculo se identificaban de tal manera con el dramatismo de la escena que insultaban desaforadamente a los romanos llamándoles sayones y asesinos.

A todo esto, mi padre, desde la cama, no cesaba de protestar, tildando la escena de payasada y jurándose que iba a escribir al obispo para que terminara con aquel número circense. Yo, que realmente estaba entusiasmado, no podía menos de pensar: «¡Dios mío, qué mal gusto tiene mi padre!».

A todo esto, faltaba la segunda parte, que quizá era la más divertida.

La Oración del Huerto era llevada a la iglesia y en su lugar, entre dos filas de romanos con su capitán al frente, salía Nuestro Padre Jesús Nazareno con la cruz a cuestas, marchando lentamente hacia el centro de la plaza. Previamente los nazarenos dábamos por la calle alta una vuelta con la Virgen precedida por San Juan, de tal modo, que en el centro de la plaza coincidieran con Jesús. Los romanos mandaban retroceder la imagen de Jesús mientras todos gritaban: «¡Que se besen! ¡Que se besen!». Los nazarenos empujábamos a la Virgen y se organizaba una verdadera batalla campal. Cirios enarbolados chocaban contra las picas de los romanos hasta que por fin Madre e Hijo se juntaban y el público aplaudía el éxito de los nazarenos. ¡Se habían besado!

Del resto de las procesiones, la más pintoresca resultaba ser la del Domingo de Resurrección. Desde el sábado, los chicos con cestas pedíamos flores en todos los jardines, distinguiéndose entre los que más éxito tenían en su recolección, Rafaelillo *Mamahostias*. Este apodo me parece ahora que lo escribo de mal gusto, pero yo recuerdo que lo decíamos con toda la naturalidad y con la misma respondía el interpelado. Era muy frecuente en el pueblo, que la mayoría respondiera a un apodo que se escuchaba sin la menor extrañeza y que no causaba el menor disgusto en el interesado.

Un encargado de molino de aceite se llamaba y le llamábamos Joseíto *Picha*, de la manera más natural posible y sin ningún asomo de mala intención. En este caso, sólo unas señoras ancianas impulsadas por su beatería creían dulcificar el apodo convirtiéndolo en Joseíto *Pieza*. En realidad, yo creo que este cambio más ayudaba a subrayar la referencia que se hacía al apéndice de Joseíto.

Con las flores se adornaban las picas de los romanos, las palmas rizadas de los apóstoles y las andas de las imágenes, especialmente del Resucitado. Sólo San Juan aparecía rodeado de naranjas.

Los nazarenos seguíamos con nuestros cirios y guiones, pero cuajados de lazos de colores y de flores. Los apóstoles ya por sí con sus túnicas de diferentes colores, presentaban un espectáculo en tecnicolor; el rizado de sus palmas era obra de exquisito arte y la blancura de sus hojas entrelazadas resaltaba entre los lazos y flores, constituyendo verdaderos arabeños que daban un matiz oriental a la comitiva.

Antes y después de Semana Santa disfrutábamos como nunca aprovechando el acarreo de las cañas de azúcar a la fábrica y con la fábrica misma.

El acarreo se realizaba en mulos cargados con grandes gavillas de cañas. Iban extraordinariamente cargados, pues los arrieros o portadores cobraban por número de arrobas de cañas transportadas. Cada vez que los chicos divisábamos un convoy nos distribuíamos en las esquinas, de tal modo que cuando unos amagaban y eran perseguidos por el arriero, los otros con gran rapidez empezábamos a tirar de las cañas. No eran éstas las que importaban al arriero, sino que, a veces, se descomponían las gavillas y toda la carga caía al suelo, lo que obligaba a una pérdida de tiempo en rehacer el cargamento, que iba en su perjuicio económico sin quedarle otro desahogo que blasfemar y acordarse de nuestras madres. Las recuas de mulas procedentes de los distintos pagos y en dirección a la fábrica, eran muy frecuentes, con lo cual las pandillas de salteadores teníamos faena divertidísima sólo amargada por algún que otro pescozón.

La fábrica levantada a un kilómetro del pueblo tenía dos puertas: una grande que daba acceso a lo que llamábamos «los palacios», depósitos de cañas y otra más pequeña, por la que se pasaba a la fábrica propiamente dicha. Una y otra entrada estaban guardadas por un canchero armado de un palo y de unas cuantas piedras en sus bolsillos. Los chicos nos aproximábamos a la primera puerta guardada por Tadeo, que con la mirada puesta en nosotros paseaba sin cesar. Tratábamos por

todos los medios, con nuestros dichos y más o menos fingidas peleas, de llamar su atención, lo que a veces nos hacía gastar más de una hora sin ningún resultado. De pronto, el más decidido, y cuando Tadeo menos lo pensaba, tomaba carrerilla y a toda velocidad franqueaba la puerta. El portero le lanzaba el palo, le tiraba una piedra y mientras, por las esquinas nos deslizábamos unos cuantos. ¡Habíamos salvado el primer obstáculo! La otra entrada era difícilísima: la puerta muy estrecha tenía de portero a *Tres Patas*, un viejo de malas pulgas. No había otro procedimiento que lanzarse sabiendo que de cada tres intentonas, dos resultaban un fracaso. ¡Pero y los que entrábamos! Teníamos a nuestra disposición, arrope, azúcar moreno y azúcar blanco del que llenábamos nuestros bolsillos. Ocurría algo que nunca me he explicado. El guardián de la puerta ponía toda clase de dificultades, pero una vez dentro de la fábrica, obreros, empleados y jefes encontraban nuestra presencia la cosa más natural del mundo, y jamás se dio el caso de que ellos mismos o con auxilio del portero nos expulsaran.

¡Con qué detalles enriquecíamos nuestras aventuras cuando volvíamos al pueblo y cuando de noche sentados en la «baranda» comentábamos nuestras correrías! Cada uno olvidaba que había sido visto por los demás y el mayor o menor interés de nuestras proezas resultaba que no dependía de nuestra suerte o de nuestra osadía, sino simplemente de nuestra mayor o menor imaginación.

Todas estas correrías que constituyen uno de los mejores recuerdos de mi niñez, terminaron para mí una aciaga tarde en que al regresar con Salvadorcillo y Rogelio de la fábrica, llenaba la carretera con un elocuente canto de mis éxitos y balandronadas. Desde «El Cenice-ro», pequeña finca que poseía mi tío Justo al borde del camino, oí la voz de mi padre que me decía: «Muy bien, hombre, venga usted para acá (mi padre para enfadarse empezaba tratándome de usted); te felicito», y una lluvia de bofetadas cortó mi relato y terminó para siempre con mis visitas a la fábrica.



---

## UNAS ELECCIONES

---

Como fue no lo sé, pero era cierto que aquel pueblo tan tranquilo, donde entre los mayores nunca pasaba nada, pareció estremecerse hasta en sus más profundas entrañas como si hubiera sufrido un terremoto. Los de arriba y los de abajo, los hombres y las mujeres y toda la chiquillería, hablábamos de lo mismo: íbamos a tener *votaciones*.

Por lo visto, en los anteriores períodos electorales todo era sencillo. Se presentaba sólo el dueño de casi todas aquellas comarcas y, desde luego, de la fábrica de azúcar, el marqués de Larios. Salía elegido por el artículo 29 y allí no había pasado nada.

Pero aquel año había surgido un candidato nacido en mi pueblo, rico y ambicioso. Era uno de esos hombres a los que no se les ponía nada por delante y era capaz de saltarse todos los obstáculos, aunque el salto hubiera que darlo con mayor o menor limpieza. Se había propuesto ser diputado y recurría a todos los medios. Lo movilizó todo con inusitada rapidez y fundó un centro en el que se despachaba café y vino gratuitamente a todos los que entraban.

El marqués de Larios estaba representado políticamente por el venerable don Esteban, el dueño del palacio de la «Jolla». A don Esteban no podía negársele el título de cacique, aunque las circunstancias le habían permitido actuar con tanta suavidad que su caciquismo pasaba casi inadvertido. Por otra parte, su situación dominante creaba un clima de envidia entre gran número de aquellos que no habían visto su posición social o influencia acompañando a su mejora ascendente de posición económica.

De otro lado, tanto la fábrica como las tierras de regadío que el marqués daba en arrendamiento, constituían un motivo de división y resentimiento.

Aunque en la fábrica se pagaban jornales bajos, era

la única industria que existía y, por lo tanto, eran muchos los que solicitaban ser empleados y pocos los admitidos.

El arrendamiento de las tierras era muy bajo. En realidad el marqués quería asegurarse que cultivaran la caña de azúcar, y lo imponía como obligación. Así y todo, tener tierras arrendadas de Larios era una verdadera ganga y un motivo de envidia para todos aquellos que no conseguían el arrendamiento.

Pues bien, todos los resentimientos, todas las envidias, todas las ambiciones fueron despertados y estimulados por mi paisano, Modesto Escobar, que en pocos días llegó a crear un clima en el que todos se sentían protagonistas.

A los empleados del Ayuntamiento les decían: ya habéis chupado bastante; ahora cuando gane Modesto, os pondrán en la calle y os sustituirán los que nombre el nuevo alcalde. Los Larios arriendan sus tierras a precio bajo, pero luego pagan las cañas como quieren y esto se va a terminar.

¿Qué filiación política tenía Modesto? Sencillamente, antilarista. Si hablaba con los que se llamaban republicanos, naturalmente se decía republicano. Pero para toda la chiquillería, ninguna de estas cuestiones tenía valor, lo que nos entusiasmaba era el trepidante pintoresquismo que se fraguó en mi pueblo.

El primer automóvil que recuerdo entrara en mi pueblo fue el de Modesto. El ruido del motor se escuchaba dos kilómetros antes de llegar y desde todas las calles que colgaban sobre la plaza y aún de la plaza misma, corríamos todos los chicos al grito de «¡El automóvil!, ¡el automóvil!». Llegábamos a la calzada, especie de cuesta que desde el final de la carretera desembocaba en el pueblo, y allí nos refugiábamos en los portales de las casas, para ver pasar como una exhalación el automóvil de Modesto, uno de cuyos acompañantes nos lanzaba un puñado de monedas. «¡Viva Modesto!», era el grito con que la turba seguía al auto hasta cerca de la plaza donde tenía su cuartel general.

Había unos chicos, sobre todo Fernandillo Bicicleta y *el Chivica*, que tenían mucho contacto con la «orga-

nización electoral» de Modesto. «Fíjate, fíjate —me decía Fernandillo—, ha encendido en Málaga un cigarro puro cuando se puso en marcha y al llegar a la plaza todavía lo tenía encendido. ¡Vaya automóvil que tiene! ¿Os habéis fijao en las borlas que lleva dentro? ¿Y sabéis cuánto gana el chófer? Pues sesenta duros al mes.» Y para nosotros, Modesto era un semi-dios y su automóvil y su chófer la mejor tarjeta de presentación para ganar unas «votaciones».

Los rumores en el otro campo eran cada vez más alarmantes. Como don Esteban ni nadie de la casa de Larios (así llamábamos a todo lo que se refería al marqués: la casa de Larios) reaccionaba; sus partidarios estaban llenos de miedo y acogían como verosímiles los rumores más absurdos. Se aseguraba, por ejemplo, que si la casa de Larios perdía las «votaciones», cerrarían la fábrica, con lo cual todos sus empleados fijos quedarían despedidos.

Modesto era alto y buen mozo, el marqués bajito y poca cosa, según aseguraban los que lo habían visto. Esto hizo que gran parte del elemento femenino tomara partido por Modesto, y así las modestistas por las noches, provistas de cacerolas y almoreces daban «cencerazos» a las partidarias de Larios, al grito de «¡Pancistas! ¡Pancistas!». Como puede suponerse, las tales laristas pancistas eran humildes mujeres de modestos empleados de la Azucarera. Pero todo es relativo y siempre se ha llamado pancista al que creemos que posee lo que uno quisiera poseer.

Modesto, por otra parte, ofrecía el oro y el moro prometiendo empleos, en caso de triunfo electoral, no sólo en el pueblo sino también en Málaga.

Aunque la Administración del pueblo contaba con pocos recursos, nadie quitaba de la cabeza a los contrarios de Larios de que en todos los cargos se robaba y que con el traspaso de poderes, esos dineros irían a parar a los bolsillos de los sustitutos.

Con gran éxito organizó Modesto su primer mitin desde un balcón que dominaba toda la plaza. Esta se llenó prácticamente, y una de las consignas que dio a las mujeres fue ésta: «Tenéis que influir en vuestros mari-

dos a la hora de votar, pues más tiran dos tetas que dos carretas». Quizá no era demasiado exquisito, pero resultaba bastante expresivo.

Los de Larios tardaron bastante en reaccionar; mandaron dos grandes carros llenos de bacalao, supongo que para paliar hambres y repartir sed, decidiéndose después de esta prueba de generosidad a organizar un mitin, unos días antes de las elecciones. Eran los presuntos oradores en representación de Larios, dos abogados criminalistas de extraordinarias dotes oratorias y del mayor relieve en Málaga: Martín Velandia y don José Estrada (este último fue ministro con el gobierno Berenguer).

Fue el encargado de hacer la presentación, el secretario del Ayuntamiento, que tuvo la poca fortuna de decir: «Va a hacer uso de la palabra, el ilustre y elocuente criminalista Martín Velandia». ¡Para qué quisieron más los grupos de modestistas que estaban mezclados con el público! «No queremos criminales, ¡fuera! ¡No queremos criminales!», fue el grito que se extendió por la plaza hasta acabar con el mitin.

Yo estaba realmente confundido, y en una atmósfera tan envenenada no sabía a qué carta quedar. Mi familia era muy amiga de don Esteban, pero la audacia de Modesto no dejaba de inspirarme cierta simpatía.

Pude empezar a ver un poco más claro, porque por aquellos días me estaban haciendo unos zapatos nuevos. Esto no es ninguna tontería; es que era mi costumbre observar cómo me iban haciendo los zapatos y llevármelos personalmente a mi casa cuando estaban terminados. Pues bien, el zapatero, un gran zapatero por cierto, era Paco *Pilili*, uno de los dos concejales republicanos que tenía el Ayuntamiento. Aquel *Pilili* parecía saber de todo, o al menos de todo hablaba con una seguridad que llegaba a subyugarme. Además, utilizaba un estribillo cuando trataba cualquier tema, que parecía infundirnos respeto: «Ya cuando yo estuve en Logroño...», y pronunciaba Logroño donde había hecho su servicio militar, convencido de que esta población riojana, constituía el centro del mundo. Y el caso es que conseguía transmitirnos esta idea.

Hablando de los acontecimientos que me interesaban,

*Pilili* me vino a decir: «Yo, republicano de toda la vida, no puedo estar con los Larios, pero los otros no son nada, no tienen ideas y no vienen más que a estafar a cuatro tontos. Ya cuando yo estuve en Logroño...».

Como todo llega, llegó el día de elecciones y Modesto se superó trayendo diez matones para en las puertas de los colegios coaccionar del modo más descarado. Entre los partidarios de Larios, también había gente bragada, pero no eran profesionales. Recuerdo uno bajillo con un palo en la mano, encargado de un cortijo de don Esteban, que ante tanta provocación solía exclamar: «¡Ay mis ingles! ¡Ay mis ingles!», y no se sabía si esta exclamación era un lamento o una amenaza en la que apelaba a sus órganos masculinos. Y ahí quedaba todo.

En nuestro pueblo ganó Modesto, pero en el conjunto del distrito, salió victorioso el marqués. Durante unos días, los partidarios de Modesto amenazaban y aseguraban que le habían robado la elección. Pero al cerrarse el centro electoral, Modesto no volvió a aparecer por el pueblo, dio esquinazo a los que se trasladaban a Málaga para recordarle su promesa de empleo, y todo volvió a sus cauces. Sólo al cabo de dos años tuvimos noticias de que Modesto estaba formando parte de una candidatura con dos representantes de Larios en las elecciones que iban a celebrarse por Málaga. Salió diputado del brazo de dos candidatos del grupo Larios. Este triunfó en mi pueblo por el artículo 29.



---

## EMPIEZO EL BACHILLERATO Y EMPIEZA LA GUERRA EUROPEA

---

Los dos acontecimientos coincidieron y hoy no sé cuál de los dos viví más intensamente, o a cuál de ellos me entregué con mayor interés. Para comprender esta duda, hay que entrar un poco en mi familia y en su manera de ser.

Mi padre, el hombre más honesto e inteligente que he conocido, era ante casi todos los acontecimientos de la vida diaria, el sentido común personificado; emitía los juicios más sinceros y objetivos y el aconsejar y aconsejar debidamente constituía para él un verdadero sacerdocio. Mi amor filial no me hace exagerar. Era habitual que después de cenar entraran en mi casa grupos de hombres y mujeres casi siempre de campo, que venían a contar sus problemas y sus intenciones de acudir a un pleito en contra de sus vecinos.

Los hombres solían saludar en tono bajo: «A la *pa e* Dios»; se tocaban el sombrero, parecía que se lo iban a quitar y al final quedaban cubiertos. Se sentaban y, por regla general, salvo proferir alguna sentencia que otra, quedaban en silencio mientras las mujeres con gestos de la mayor viveza hablaban y hablaban hasta que mi padre les llamaba al orden. No se andaba mi padre con diplomacias, al pan pan y al vino vino. Si uno no tenía razón, si era un sinvergüenza o un granuja, estos calificativos no los ocultaba mi padre. Con toda claridad apostrofaba a los interesados y acostumbraba a prevenirles: «Si os metéis en un pleito, lo poco que tenéis nos lo vamos a comer la curia». Sí, así consumía mi padre dos horas, precisamente para no ejercer su profesión y no ganar un céntimo.

Mi padre perdía toda su sensatez cuando se trataba de los estudios de mi hermano Paco y de los míos. Se organizaba una verdadera tragedia cada día si las notas que traíamos no eran todo lo brillantes que deseaba. Téngase

en cuenta, que tanto mi hermano como yo éramos preparados para el bachillerato por Esteban, el hijo de don Esteban, que dada su amistad con mi padre, dedicaba su tiempo y sus conocimientos —era licenciado en Ciencias Químicas— para obtener de nuestras facultades el máximo rendimiento.

He de reconocer que Esteban nos enseñó a estudiar, pero ¡Dios mío!, ¡con qué esfuerzo! Cuando le decíamos que no entendíamos algo, tenía una frase: «Cómprate unas entendederas». Y nosotros teníamos que volver sobre el libro hasta que la luz se hacía en nuestros cerebros y podíamos dar la explicación con todo detalle, y eso sí, sin olvidar el último corolario.

Puntuaba muy bajo, pero no era esto lo peor, sino que durante todo el curso estaba convencido de que íbamos mal y así se lo decía a mi padre. Al final del curso, sin embargo, aseguraba que debíamos obtener matrícula de honor, y raras veces fallaba.

El curso era un calvario; ni una comida celebrábamos con tranquilidad y mi pobre madre, ejemplo inigualable de madre que jamás dejó de colaborar en la línea de educación trazada por mi padre, hacía equilibrios para dulcificar en lo posible el ambiente. Cuando Esteban informaba a mi padre de que íbamos mal en nuestros estudios, cosa que más o menos sucedía diariamente, mi padre no podía contenerse, consideraba que íbamos al fracaso y su amor paternal junto con su amor propio de padre, sufrían enormemente. Para entender hasta qué punto llegaba su amor propio, recuerdo que cuando íbamos a Málaga a examinarnos, solía decirnos: «Ya sabéis que si los hijos de don Javier Noguer, el médico, sacan mejores notas que vosotros, yo tendría que marcharme del pueblo, que es donde tengo mis medios de vida». Yo creo que, sinceramente, así lo creía.

Quizá la actitud de mi padre, tan exagerada, podrían explicarla los psicólogos analizando toda su vida profesional. Mi padre era procurador de los Tribunales, pero, al mismo tiempo, junto con su hermano Justo, llevaba el Registro de la Propiedad y la Notaría, ya que el notario residía en Nerja y sólo visitaba mi pueblo para firmar o en los casos en que su presencia era absolutamente

preceptiva. Por otra parte, en casi todos los pleitos el abogado de Málaga se limitaba a firmar y mi padre era, en realidad, el abogado y el procurador. La opinión que merecía a los jueces se hizo patente en el único caso judicial de importancia que se presentó en mi pueblo con motivo de una bomba que, fabricada por un joven algo perturbado, y con la complicidad de otras personas resentidas con el administrador del impuesto de consumos, estalló en los brazos de éste dejándolo mutilado.

El juez, que carecía de toda experiencia, pidió a mi padre que dirigiera todo aquel asunto, mucho más complicado de lo que parecía en un principio. Con tal habilidad y talento llevó mi padre todas las diligencias que la Audiencia de Málaga y la Prensa de esta capital se unieron en las más calurosas felicitaciones al juez de Torrox.

Mi padre solía decir, recordando todos los éxitos jurídicos en los que no aparecía ni su nombre ni su firma, que él se había pasado la vida «cazando perdices para valientes» y acaso por esto quería a toda costa que sus hijos obtuvieran los títulos necesarios y llegaran a ejercer sus profesiones con la preparación necesaria, para ni tener que cazar perdices para otros, ni para tener necesidad de que nadie las cazara por nosotros.

Del respeto que inspiraba mi padre a todos los que le trataron es revelador una anécdota que, si bien prestigia a mi padre, he de reconocer que también honra a José Antonio Primo de Rivera. Este visitó mi pueblo como abogado del marqués de Larios en un asunto en el que mi padre representaba a la parte contraria, y quiso sostener con él una conversación exploratoria. José Antonio empezó viendo en mi padre un modesto procurador de pueblo; pero a medida que su entrevista se fue prolongando comprendió de tal manera la valía en todos los aspectos del hombre con el que dialogaba que se deshizo en cumplimientos y demostró el respeto que le había merecido escribiéndole desde Madrid unos meses después, justificándose en el escándalo de que se hacía eco toda la Prensa con motivo de la agresión de José Antonio, creo recordar que a Queipo de Llano por ofensas que al parecer había éste proferido contra su tío. La carta

la estimó extraordinariamente mi padre y la conservó como uno de sus mejores recuerdos hasta que, al llegar nuestra guerra civil, y ante los frecuentes registros domiciliarios, tuvo que destruirla por el peligro que entrañaba poseer una carta del jefe de la Falange.

Siempre he estimado que son los pequeños detalles los que definen a los hombres más que las actitudes relevantes en las que, acaso sin querer, se asocian sentimientos de diversos matices a los que no son ajenos los afanes exhibicionistas. Estos sentimientos y estos afanes desfiguran la verdadera imagen del protagonista y en cambio aparece limpia y transparente en actitudes al parecer tan sin importancia como la que adoptó José Antonio al sentirse obligado a justificarse, él, con todo lo que personal y políticamente representaba, ante un modesto procurador de pueblo al que sólo había conocido ocasionalmente. Yo podré discutir más o menos las ideas de José Antonio, pero para mí, la anécdota que refiero me lo define como una figura de dimensiones humanas extraordinarias.

En aquel pueblo, y sobre todo en el casino, uno de los temas de conversación a partir de junio eran las calificaciones obtenidas por los escasos estudiantes del bachillerato, y mi padre no renunciaba por nada del mundo a presentar siempre a sus hijos, como los vencedores del campeonato. No podía evadirme de la atmósfera apasionada que presidía nuestros estudios, pero he de reconocer que comparada mi vida con la de mi hermano Paco, era un paraíso.

En primer lugar, así como mi hermano, muy inteligente era rebelde y de una acusada personalidad, yo me había hecho cargo de la situación y trataba de capearla lo mejor posible. En la casa chinchaba a mi hermana Nieves, dos años mayor que yo, y aún a mi hermano Paco, a pesar de la admiración que por él sentía, no dejaba tampoco de pincharle de cuando en cuando.

Mi hermana era muy supersticiosa, creía en tonterías y sentía verdadero horror por todo lo que pudiera relacionarse con su muerte. Alguien le había metido en la cabeza que rezando tres Padrenuestros a San Pascual Bailón, este santo anunciaba con unos golpecitos la vis-

pera de su muerte al que le había dedicado las oraciones.

Como dormíamos en dormitorios contiguos, yo rezaba los tres Padrenuestros y decía en voz alta: «En nombre de mi hermana Nieves dedico estas oraciones a San Pascual Bailón, para que tengan a bien anunciarle su muerte». Los gritos de pavor de mi hermana movilizaban toda la casa y mi pobre madre tenía que subir para acompañar a Nieves hasta que se dormía, naturalmente después de regañarme. Así iba poco a poco, traspasando los problemas de la enseñanza a problemas de convivencia familiar.

Por otra parte, yo me pasaba casi todo el día en un pabellón del jardín de Esteban, donde había instalado un pequeño laboratorio químico para distraerse. Allí daba las clases y estudiaba, permaneciendo con los libros en la mano, aunque ya estimara que estaba la tarea concluida. Un buen día rebuscando la especie de mesa con tablero abatible en que estudiaba, me encontré un Quijote y al punto decidí matar las horas leyendo aquel libro.

Empecé por la historia del «Curioso impertinente», por parecerme tema más corto, y el tedio y aburrimiento que padecía se convirtió en verdadero entusiasmo, gracias a aquella lectura clandestina. He de reconocer, que el personaje Anselmo me pareció un soberano imbécil y que estaba deseando de que Lotario le pusiera los cuernos, impacientándome al ver lo que tardaba en decidirse. Al fin tuve la satisfacción de ver que el engaño se consumó y leí con bastante falta de respeto, la moraleja que en la historia endilgaba Cervantes.

Una vez que probé a solazarme con lecturas ajenas a mis obligaciones, continué devorando todos los capítulos del Quijote, que me interesaron y divertieron enormemente. Así adquirí una serenidad de espíritu que me fue haciendo inmune a los problemas escolares relacionadas con Esteban y con mi padre.

Cuando llegaban los finales de mayo, tanto mi hermano como yo estábamos impacientes esperando que un amigo de mi padre nos anunciara la fecha de nuestros exámenes en el instituto.

El primer problema para mí, realmente para mi hermano, consistía en ponerme un cuello duro, por lo visto

no muy bien planchado, y por el que no había manera de hacer correr la corbata. Mi hermano Paco hacía esfuerzos inauditos, hasta que por fin mal o bien conseguía que la corbata se colocara en posición apropiada para confeccionar el nudo. Después de escuchar los consejos y advertencias de nuestros padres, marchábamos hacia la diligencia de caballos como si fuéramos no a examinarnos, sino al encuentro de la alegría y la libertad: íbamos a gozar unos días de independencia.

La diligencia nos conducía a Torre del Mar, donde habíamos de tomar el tren hasta Málaga. El corto viaje se nos aparecía con colorido de aventura, y todo, hasta los más mínimos detalles, se nos grababa en la mente como algo importante y digno de referirse. El cochero no tomaba parte en las conversaciones de los viajeros y sólo hablaba cuando éstos dejaban de ofrecerle cigarrillos, para decir: «¡Ajú, qué jumareal!». Siempre había uno que inmediatamente convidaba a tabaco y el humo que echaba el cochero por boca y narices volvía a reducirlo a su silencio.

Ya en Torre del Mar, sacábamos dos billetes de primera (2,50 pesetas cada uno), y en un quiosco adquiríamos el almuerzo que iríamos a comer cuando estuviéramos sentados en los confortables sillones del tren. Indefectiblemente, en el quiosco bebíamos café con leche que no podíamos transportar, dejando para después, jamón, queso y pasteles. Pocas comidas me han sabido tan bien mientras veíamos pasar ante nuestros ojos los nombres de las distintas estaciones. Cuando veíamos «El Palo», ya impacientes, bajábamos la maleta de la red para estar preparados.

Llegábamos a Málaga y nos hospedábamos en la casa de un gran amigo de mi padre que había sido médico de mi pueblo. Su mujer, doña Dolores, era una sevillana simpatiquísima y cariñosa que parecía admitir a los dos huéspedes, con el mayor gusto del mundo. Tan buena era doña Dolores, que después, eso sí, de abofetearme con verdaderas ganas, me perdonó la mala pasada que la jugué con sus hijos. Estos eran tres, de edades entre los cuatro y los seis años, rubillos y con unas melenitas rizadas que eran un primor y en las que se miraba su

madre. Pues bien, un día anuncié que iba a bajar a pelarme y a doña Dolores se le ocurrió decir: «Ya que vas a la peluquería, llévate a los niños y que les arreglen la cabeza». Cuando llegó su turno me preguntó el peluquero cómo quería que pelara a los niños, y yo, que no tenía la menor idea de lo que realmente quería la madre, recordé en mala hora una frase que escuchaba muy frecuentemente en las peluquerías de mi pueblo: «Métales el cero». Cuando terminó la «operación», los chicos parecían transformados, casi alelados, como si hubieran perdido conciencia de su ser, e incluso al hablar y al andar parecía que lo hacían en un vacío en el que flotaban los pobres muchachos.

Yo, indudablemente, notaba algo raro, pero fui tan irresponsable que no me di cuenta de la gravedad de la situación hasta que al abrir la puerta doña Dolores, después de mirar espantada a sus niños y llena de la mayor indignación, empezó a llamarme canalla y abofetearme con verdadera saña. Menos mal que al padre el incidente le hizo gracia y reía de cuando en cuando; pero doña Dolores, aunque aceptó mi petición de perdón, cada vez que veía a sus niños no podía evitar un gesto de disgusto y de resentimiento.

Casi todo el día lo pasábamos en el Instituto, en cuyo gran patio de entrada armábamos corrillos, donde se contaban los mayores embustes sobre exámenes y se hacían sobre los catedráticos toda clase de comentarios. Siempre había algún muchacho al que injustamente habían suspendido, pero que naturalmente, conocedor de sus derechos, iba a pedir examen de comparación. Esto del examen de comparación salía a relucir siempre, pero nunca lo presencié ni creo que nunca tuviera lugar.

Todos los chicos lucíamos nuestras mejores ropas y, tocados con el proverbial sombrero de paja, saludábamos, quitándonoslo cada vez que entraba un catedrático en el Instituto.

Cada vez que mi hermano o yo nos examinábamos de una asignatura y recogíamos la papeleta con la calificación, lo primero que hacíamos era poner un telegrama comunicando la nota a mi padre. Nuestros sobresalientes tenían en seguida gran resonancia en la plaza de mi pue-

blo y a la media hora de recibirse el telegrama estaban enterados todos los que se tenían que enterar.

Regresábamos contentísimos, y, por regla general, el camino en diligencia lo hacíamos por la tarde. Como ya no había que empalmar con el tren, sino que la meta era el pueblo, marchábamos lentamente, parándonos en casi todos los ventorrillos de la carretera. Cuando al cochero se le invitaba a un café, él contestaba invariablemente: «¡Yo bebía fresca, yo bebía fresca!» Y en todas las paradas se echaba al colete un buen vaso de vino.

Realmente no sigo un orden cronológico, porque bachillerato y guerra fueron dos acontecimientos para mí entrelazados y que produjeron un gran impacto en mi vida.

El verano antes de empezar a preparar mi ingreso y primer curso fue el verano de la guerra. Recuerdo cómo temblaba de emoción al recoger un día y otro en Correos «La Correspondencia de España» para llevársela a mi padre. Quedaron grabados en mi memoria los grandes titulares de aquellos días: «Es inminente la conflagración europea», «Ultimátum de Austria a Serbia», «Austria declara la guerra a Serbia», «Rusia declara la guerra a Austria», «Alemania declara la guerra a Rusia», «Francia declara la guerra a Alemania», «Alemania invade Bélgica», «Heroica resistencia de los belgas en Amberes». Después, Inglaterra, indignada por la violación de la neutralidad belga, declaraba la guerra a Alemania.

Mi padre esperaba anhelante el periódico y en mi casa, como en la calle y sobre todo como en el casino, no se hablaba de otra cosa.

Mi padre se definió en seguida como francófilo, cosa que rimaba perfectamente con sus ideas políticas de siempre. Mi padre tenía un concepto que yo llamaría romántico y cien por cien del siglo XIX respecto a los ideales de República y libertad. Su gran literato era Víctor Hugo; su orador, Castelar, y la Revolución francesa, con la declaración de los derechos del hombre; el hecho histórico de mayor relieve en la vida moderna de la Humanidad. Recuerdo haberle oído decir que no había nadie que amara la libertad que no sintiera una especie de escalofrío al escuchar la «Marsellesa».

Con estas ideas que me fue transmitiendo no es de extrañar que se inclinara por Francia y sus aliados. Yo estaba completamente a su lado y leía con entusiasmo los artículos que mi padre me señalaba, y muy especialmente los de Fabián Vidal.

Surgió un problema en la familia: mi hermano Paco se declaró germanófilo furibundo. Y aquí viene lo extraño. Aunque mi padre trataba de llevar a mi hermano por el buen camino, sentía en el fondo un cierto orgullo oyéndole expresarse con mucha personalidad y, desde luego, con una rara elocuencia para un muchacho de sus años.

Cuando se organizaba después de comer una pequeña tertulia de amigos, solía decir mi padre: «Vamos a escuchar ahora al garbanzo negro de la familia, al germanófilo». Mi hermano hablaba y hablaba de todo: de la piratería inglesa en los tiempos de nuestro Imperio, de las luchas con Francia por la dominación en Europa, del Tratado de Utrech, de Gibraltar... Era realmente un torbellino y yo estoy seguro que, aunque a mi padre no le convenía, el orgullo de padre podía más que sus sentimientos francófilos y le escuchaba con verdadero placer.

Mi abuela, que estaba al final de su vida, decía tener toda la simpatía y lástima por los moscovitas. Oía que los periódicos llamaban moscovitas a los rusos, y la palabra moscovita le sugería un ser pequeño y desvalido digno de toda su piedad.

La tertulia empezaba realmente mientras comíamos. Era matemático: al ir terminando con el primer plato, oíamos, como era su costumbre, subir a gran velocidad nuestra escalera a Esteban, cuyas pisadas eran inconfundibles. Unos minutos después entraba mi tío Justo, padre de dos hijas, que tenía puestas todas sus ilusiones en los hijos varones de su querido hermano Manuel.

Aquella tertulia, cuando no se tocaban los temas de nuestros estudios, resultaba un encanto. Tanto mi padre como Esteban y mi tío coincidían prácticamente en todos sus juicios y opiniones y repasaban con bastante gracia todos los pequeños incidentes del pueblo. Los distintos personajes del Casino iban pasando por el tamiz burlón de mi tío, que usaba calificativos muy pintorescos. Si se trataba de una persona que, a pesar de su fanfarronería,

en el fondo era un infeliz, mi tío le calificaba como «un pobre hombre con la picha al aire».

Si yo producía demasiados jaleos en mi casa, mi tío aseguraba que yo necesitaba «un olivar». El olivar era citado como productor de «varas», pues varazos era lo que, según mi tío, necesitaba yo. Recordando aquella tertulia desde los tiempos en que vivo, lo más impresionante era la seguridad con que se hablaba del futuro. Mi tío estaba plantando un olivar que empezaría a dar frutos en diez años y Esteban esperaba que sus nuevas viñas, en cinco años, darían un determinado número de cajas de pasas. Para dentro de doce años podría ya cobrar mi padre un seguro, con lo que acometeríamos arreglos en nuestra casa, que tanto los necesitaba. La vida no parecía ofrecer ninguna posible discontinuidad; el pasado marcaba el futuro o éste era sólo una prolongación del pasado. En definitiva, todas las piezas del gran tablero de ajedrez que era la vida estaban en su sitio; se podía jugar sin miedo a que una ventolera trastocara las posiciones en el tablero. Nunca se nos ocurrió pensar que aquella guerra que empezaba y comentábamos iba a acabar acaso para siempre con aquella dichosa seguridad.

De los amigos, sólo Salvadorico estaba en mi bando. Para los demás, lo que atraía eran los éxitos militares y hay que reconocer que éstos estaban del lado germánico. Tuvimos los aliadófilos grandes esperanzas con el gran Ejército ruso, pero éste sólo organizaba retiradas victoriosas. Recuerdo que un humorista, que me parece se llamaba Bonaful, decía que el «rodillo ruso» se había convertido en una bomba aspirante.

Pues sí; los germanófilos estaban en sus glorias, y entre los más satisfechos figuraba el párroco don Rafael Ordóñez. Este no se contentaba sólo con las victorias que conseguían los alemanes, sino que sumaba las que él inventaba por su cuenta. «Los alemanes han tomado la posición X», decía don Rafael. «¿Dónde ha leído usted eso?», le preguntaban en seguida. «En un telegramilla de la Unión (*La Unión Mercantil*, periódico de la provincia)», contestaba rápidamente el párroco. Se llamaba al conserje para que trajera el periódico y se invitaba al sacerdote a que buscara la noticia. Naturalmente, la noticia no exis-

tía y don Rafael insistía en que en su periódico, el que recibía en su casa, traía la noticia. «¡Vamos, que hacen una edición especial para usted!», se le decía, embromándolo. Don Rafael no paraba de asombrar a sus oyentes con su imaginación desbordada. Fue a Sevilla y, al volver, aseguraba que hacía tanto calor que caían por las calles, derretidos, los plomos de los balcones. «¿Sabe usted a qué temperatura se funde el plomo?», le preguntaba Esteban. Entonces, él concedía, diciendo: «Entiéndame, quiero decir que el plomo se escurría, se escurría...»

Mi padre decía que llegaba a dudar que se llamara Rafael. Por eso no le extrañó lo que ocurrió a su muerte en relación con la familia.

Un hermano de don Rafael llegó cuando se estaba muriendo y tuvo una conversación con el párroco, de la que parece que salió satisfecho. De todos modos quiso asegurarse y le preguntó a mi padre: «¿Tendría usted inconveniente en decirme lo que en el testamento ha dejado mi hermano a mi hijo Antoñito?» Mi padre se le quedó mirando y preguntó a su vez: «Pero, ¿le ha dicho su hermano que dejaba algo a Antoñito?» «Naturalmente, le deja cien mil pesetas; es decir, me aseguró que para las cien mil falta un piquillo sin importancia.» «Ya sabe usted que su hermano era algo exagerado», sugirió mi padre. «Por Dios, don Manuel, ¡ya sé que era embustero! ¡Pero en sus últimos momentos!» «Pues sí, le engañó en sus últimos momentos; no le ha dejado absolutamente nada.»

Pues, bien a pesar de todo, don Rafael fue un sacerdote ejemplar, ocupado con verdadero fervor en sus deberes espirituales, generoso con todo el mundo y prodigando las obras de caridad, muchas de las cuales hacía en el mayor secreto.

Mi relación con mis amigos era ahora muy distinta en verano que en invierno. En invierno, todos los que estudiaban bachillerato marchaban al Colegio de Utrera, y yo, aparte de Salvadorico, con el que tenía un trato permanente, seguía tratando, aunque menos, a los amigos de siempre. El bachillerato representaba una barrera que

nos iba separando a los que convivimos juntos en la escuela. Las clases se iban despegando. La mayoría de los chicos eran llevados por sus padres al campo o empezaban de aprendices en una carpintería, zapatería, etcétera. Desgraciadamente, casi sin darnos cuenta, íbamos adquiriendo la convicción de que nuestros rumbos se habían separado y que iniciábamos vidas distintas. Esta separación se hacía completa cuando empezábamos a reunirnos con muchachas. Estas tenían el espíritu de clase más desarrollado y por nada del mundo permitían alternar con un muchacho que no fuera de la plaza.

Pero en fin, en invierno, los primeros años, todavía me reunía con Rogelio, «El Ratica», Fernandillo Bicicleta y unos cuantos más, con los que a veces jugábamos partidas de «tentes», dividiéndonos en dos bandos, uno de los cuales eran alemanes y otros aliados.

En verano todo cambiaba; regresaban de Utrera los otros estudiantes, y entonces se nos permitía sentarnos en el Casino, donde escuchábamos las discusiones de los socios y a veces jugábamos al dominó.

También gustábamos de ver las revistas ilustradas *Mundo Gráfico*, *Nuevo Mundo*, *La Esfera*; pero esto no era tan fácil. Cuando íbamos a buscarlas no las encontrábamos y, al preguntar al conserje, éste nos contestaba que el bibliotecario don Lorenzo las guardaba con llave.

Cuando se dejaba ver Lorenzo —nosotros le llamábamos sin el don—, nos explicaba muy ufano: «Gracias a mí que las encierro, tenemos revistas porque si no desaparecían enseguida». Era inútil que le explicáramos que si las revistas estaban encerradas, no tenían ninguna utilidad. «Yo me entiendo», insistía invariablemente.

Yo no comprendía cómo se podía ser tan obtuso como el bibliotecario. Sus palabras eran siempre de lo más simple que puede imaginarse. Si nos veía pasear, decía como si hiciera un descubrimiento: a dar un paseo, ¿eh? ¡como si lo viera!

Si al entrar en la peluquería veía que me estaban pelando, Lorenzo invariablemente intervenía con sonrisa socarrona para decir: pelándose, ¿eh?

No todo eran defectos en Lorenzo: era un cazador extraordinario, aguantaba al día quince copas de aguardiente

«Machaquito», jugaba al dominó como nadie y trabajaba en lo que salía, siempre que su labor fuera de tipo oficioso y sin grandes complicaciones. Esto representaba un gran mérito, ya que su fallecido padre, don Enrique, no dio golpe nunca, su único destino fue el que le dieron una vez en Cuba, encontrándose cesante cuando llegó a La Habana. El sueldo o compensación que le dieron, lo invirtió totalmente en bastones y con ellos volvió al pueblo sin que trabajo alguno hubiera manchado «su expediente». Según oí decir, don Enrique sólo se distinguió por ser un anticlerical acérrimo. Cuando se estaba muriendo, su mujer llamó al cura que para no asustarla fingió que pasaba por la puerta y se le ocurrió subir para interesarse por su salud. Don Enrique le miró con asco y después de exclamar: «¡Ah! ¡cucarachas!», dio la vuelta y quedó muerto.

Del bando germanófilo, la persona más sobresaliente y apasionada era el médico, don Javier Noguera. Tenía don Javier una pituitaria verdaderamente cronometrada. Vivía al borde de la plaza y los chicos solíamos esperarlo en la plaza misma y en el espacio donde daba el sol, porque indefectiblemente, don Javier al pasar de la sombra al sol, lanzaba un tremendo estornudo que era recibido por nosotros, que lo esperábamos con muestras de regocijo. No fallaba nunca, pero eso sí, un solo estornudo.

El telegrafista don Juan Molina, tomaba las cosas en broma y mi padre, Esteban y mi tío Justo eran quienes encabezaban las huestes aliadófilas.

No se deduzca de cuanto antecede que en el Casino sólo se hablaba de la guerra. No, solían embromarse unos a otros y se contaban a veces cuentos de cierta gracia, que según las decisiones de unos cuantos se recibían con risas o con el más absoluto mutismo. Había grupos que se ponían de acuerdo para no reírse nunca por mucha gracia que tuvieran; después de recibirlos en silencio siempre había quien solía decir: te acompaño en el sentimiento. No, lo que no se perdonaba a nadie es que se enfadara o no aguantara bromas. Por eso, un teniente de la Guardia Civil que se molestó por un chiste, fue objeto de tal boicot que se hacía el silencio desde el momento en que entraba en el Casino.

Durante unos días, el teniente que vestía de paisano,

se entretenía en medio del silencio de todos, midiendo las paredes con su bastón. Nadie le dirigía la palabra y al final se marchaba. Pasado el tiempo y cuando ya no prestaba sus servicios en el pueblo, alguien tuvo la curiosidad de saber por qué medía las paredes del Casino con el bastón. A esto contestó el teniente, que su intención era que algún socio le preguntara por qué lo hacía, para poder contestar que quería saber los pesebres que cabían en el Casino. No se pudo dar tal gusto, pues todos contemplaban su repetida operación en el más absoluto silencio.

Un ejemplo de cuquería era Frasquito Javier. Este señor, labrador acomodado, tenía un buen cortijo de viñas y era uno de los que más pasas obtenía al año. Pues bien, todos, absolutamente todos los veranos había algún día que soplaba el terral (viento del sur demasiado cálido) en que al regresar por la tarde de su finca se le preguntaba: «Frasquito, ¿cómo está el campo? El campo... No ha *quedao na*, pero no es eso que se dice *na*, es *na*, absolutamente *na*, ni una uva, *to quemao*». No obstante, él seguía viviendo de manera desahogada.

En mi pueblo llovía poco, pero a veces teníamos diez o doce días que no paraba de llover y estábamos aburridos. Frasquito Javier comentaba siempre: «Llover, llover, ha *llovío*, ahora lo que se llama llover, llover, eso no ha *llovío*».

Pues bien, llegó el día en que se trató de arrancar a Frasquito su opinión sobre la guerra. «¿Qué te parece, Frasquito? ¿Quién va a ganar?». «Yo digo —respondió nuestro hombre con la mayor tranquilidad—: ¡que ya verán ellos!» «Pero ¿quiénes son ellos?» «Ellos...» Y de ahí no había quien le sacara.

Cuando terminó la guerra, Frasquito decía muy ufano: «¿No decía yo que ya verían ellos? Pues ahí lo tienen».

Fue un verdadero respiro para los aliadófilos la batalla del Marne que representó la primera gran derrota de los alemanes y el frenazo en la marcha hacia París. Yo hablaba con entusiasmo del talento con que Joffre había llevado a cabo su retirada engañando a los alemanes y cómo en el momento oportuno emprendió un audaz

movimiento envolvente que obligó a retirarse de manera desordenada al enemigo. Era cierto que algunos envidiosos aseguraban que la gran victoria no fue alcanzada por Joffre, sino por el defensor de París, el general Gallieni. A mí me pareció muy lógica la respuesta que Joffre dio a unos impertinentes periodistas cuando éstos le preguntaron si realmente creía que había sido el vencedor de la batalla del Marne. «Yo no sé —contestó— si yo fui el vencedor; lo que sí sé es que si se hubiera perdido la batalla la hubiera perdido yo.»

Yo tenía un mapa con banderitas en el que seguía paso a paso todos los movimientos del frente, y reconozco que nunca aprendí más geografía. Barajaba los nombres de los pueblos más pequeños de Francia, Rusia y Austria y, en general, de todos los frentes, como si los tuviera en la punta de los dedos.

De cuando en cuando visitaba la zapatería de *Pilili*, al que solía encontrar con el padre de Rafaelillo *Mamahostias*, que era el otro concejal republicano. «¡Qué triunfo para nosotros los republicanos —le decía a *Pilili*— si sacáramos a España de su neutralidad!» Sabido es que casi todas las izquierdas españolas eran aliadófilas y algunos republicanos como Lerroux hacían propaganda en favor de la entrada de España en guerra al lado de Francia. También gran parte de los intelectuales encabezados por Unamuno, compartían la misma opinión. Recuerdo que Unamuno, al referirse a la paz y a la tranquilidad que con su neutralidad gozaba España, decía que «era la triste tranquilidad de la mujer estéril».

Pues bien, el padre de Rafaelillo tenía como buen republicano, todas sus ilusiones en que España diera un paso adelante. Paco *Pilili* hablaba con su suficiencia y seguridad de catedrático de los problemas económicos que eran los que motivaban las guerras. Según él, no eran los gobiernos respectivos los que tenían que llegar a un acuerdo, sino que bastaba con que cuatro magnates de la industria de los distintos países se reunieran para concordar sus intereses, para que el conflicto terminara y se estableciera la paz. «Los intereses y la competencia son los que mueven el mundo; ya cuando yo estuve en Logroño...»

¡La guerra y el bachillerato! ¡Qué entrelazados! La asignatura que peor estudié fue el Latín. Aunque mi hermano era cuatro años mayor que yo, estudiamos juntos algunas asignaturas, porque él empezó el bachillerato tarde y con las asignaturas que podía darle Esteban o mi padre (mi padre nos dio la Gramática). Así dimos juntos el Latín y lo dimos con don Rafael Ordóñez. Día había que cuando llegaba la hora del almuerzo y fin de la clase, no nos habíamos estrenado. Don Rafael, dirigiéndose siempre a mi hermano y como si yo no existiera, largaba las grandes conferencias sobre las operaciones militares en curso, adivinando los futuros movimientos de las tropas y consumando naturalmente la derrota de los ejércitos aliados. Tenía una especial debilidad por los ingleses, a los que siempre llamó los inglesitos y de los que se burlaba con cierta gracia. Según él, en los Dardanelos su única actividad consistía en producir una marea alta por la mañana gracias a las 500.000 meadas a que procedían antes de tomar su copioso desayuno.

Toda la ilusión del bueno de don Rafael era que Inglaterra quedara hundida en el mar y «ahogada como una puñetera rata».

Ni que decir tiene que el pobre latín quedaba postergado y sólo de cuando en cuando y de una manera rápida nos ayudaba en la traducción de la guerra de las Galias. Aprobamos por los pelos.

Donde más extendida noté la germanofilia entre los chicos fue en el instituto. Raro era el estudiante con simpatía por los aliados, y esto se notaba a simple vista, pues cundió la costumbre de llevar en las solapas unos botones con las banderas de los bandos contendientes. También se veían muchos con un letrerito que rezaba: «No me hable usted de la guerra».

En mi segundo verano de bachillerato hice en el casino de mi pueblo un gran descubrimiento. En su abandonada biblioteca había una serie de libros que el conserje, con permiso de Lorenzo, me consentía llevar a casa, donde con verdadero entusiasmo me lancé a su lectura.

En diez días me tragué los diez tomos que constituyen la primera serie de los episodios nacionales. ¡Cuánto

disfruté con las aventuras de Gabrielillo! Vivía días apasionados anhelando ver el desenlace de los episodios novelescos, al mismo tiempo que vibraba como nunca mi espíritu patriótico, gozando con nuestros éxitos y entristeciéndome con nuestros fracasos. ¿Qué episodio me gustó más? Cuando los leí por vez primera, hubiera contestado que me gustaban todos y que no podía establecer diferencias. Después de releerlos sin dejar de comprender que la opinión generalizada que otorga el mayor mérito a Trafalgar y a Gerona, acaso pueda ser la correcta, para mí los tipos que crea Galdós en Juan Martín *el Empecinado*, son de un valor extraordinario sobresaliendo entre todos el del cura Trijueque, que aparece con rasgos y proporciones inolvidables.

Envenenado, sí, ésa es la palabra, envenenado con la lectura de estos tomos, seguí leyendo todo lo que caía en mis manos; «La fortuna de los Rougon», de Zola; «El lirio en el valle», y «Papá Goriot», de Balzac, y hasta me tragué la obra de Castelar titulada «Nerón», donde, naturalmente el que habla siempre es Castelar. ¡Qué discursos pone en boca de todos los personajes! Séneca, Británico, Nerón; todos hablan lo mismo, y lo mismo que Castelar.

¡Ah!, merece párrafo aparte mi feliz encuentro con «Los tres mosqueteros». ¡Qué delicia de obra y cómo viví todas las intrigas y lances del libro!: la valentía y rapidez de D'Artagnan, el sereno heroísmo y señorío de Athos. Gocé al leerles de muchacho y he vuelto a reelerlos con gusto muchos años después. No conozco a nadie que hablando con sinceridad no declare que leyó con placer «Los tres mosqueteros». Yo creo que la razón o, al menos, una de las razones del éxito del libro reside en el fondo histórico que, aunque sea distorsionado, trazó Dumas. El lector lee los nombres de Luis XIII, de Ana de Austria, de Richelieu, y como sabe que todos estos personajes son históricos, que han existido, por extensión llega a hacerse la ilusión de que los lances y aventuras de los protagonistas no son fruto de la fantasía, sino que son verdaderamente auténticos. Por otro lado, las frecuentes truhanerías de los mosqueteros envueltos en señoría y nobleza y hasta en heroísmo, constituyen algo

con lo que simpatizamos y que va calando poco a poco sin darnos cuenta en nuestro espíritu que se entrega plenamente al encanto de la obra. Un año después de leer «Los tres mosqueteros» tuve la alegría de ver en un escaparate de una librería de Málaga, «Veinte años después». Parte porque no me lo esperaba y también por su baratura, 2,50 pesetas, creí que recibía un regalo del cielo. Saboreé el libro con verdadero entusiasmo y el mayor elogio que podía hacer de él era admitir que no me había defraudado como continuación de «Los tres mosqueteros».

Vista mi afición a la lectura, mi padre antes de empezar el cuarto curso, me dio a leer las obras cumbres para él: «Los miserables» y «El noventa y tres». Quedé subyugado. Aquellos seres moldeados por Víctor Hugo eran objeto por mi parte, más que de entusiasmo de veneración. Mi padre y yo pasamos días felices comentando los pasajes que más me llamaban la atención: ¡qué conversación la de monseñor Bienvenido con el antiguo convencional! ¡Qué personaje Enjolras! ¡Qué sublime momento el de Mario cuando dice: «Atrás o hago volar la barricada!». ¡Qué tres tipos extraordinarios se pintan en «El noventa y tres»!

Produjeron estas obras tal impacto en mi espíritu, que yo que perdono a Valle Inclán por decir que Galdós usaba un lenguaje «agarbanzado», no he perdonado nunca a Baroja por haber destruido mis ilusiones, al decir que Víctor Hugo, que padecía de gigantismo, trata por todos los medios por presentar como un héroe a Mario y sólo hace de él un completo botarate. Pone en ridículo a Enjolras, cuando éste declara: «Ciudadano, mi madre es la República». No le perdono, no le perdono porque comprendo que tiene razón. También los niños deben guardar rencor al primero que destruyó su fe en los Reyes Magos. Sí, estoy conforme: Víctor Hugo, el monstruo del romanticismo, sólo quería ver lo heroico y lo grande, seres excepcionales que merecieran nuestra admiración y ante los cuales nos sintiéramos como pigmeos. Baroja, difícilmente deja de escarbar en lo más abyecto y miserable del género humano. Para él, los hombres son como son, con su lado bueno y su parte mala. No es amigo de

crear héroes porque no cree en ellos. Hoy por hoy contra mi voluntad me atrae Baroja y comprendo que se mueve en un mundo de dimensiones más reales que Víctor Hugo, pero en el fondo de mi alma creo que Víctor Hugo era un hombre eminentemente bueno que a su modo creaba belleza.

Al empezar el cuarto curso, tuvo lugar un importantísimo acontecimiento para mí: me pusieron pantalones largos; ya era un hombre.

Este cambio de pantalones llevaba consigo un cambio de gran importancia en mi vida. Era admitido en los grupos de muchachas, con ellas paseaba y al llegar Navidades, fiesta en la que todo mi pueblo se dedicaba a jugar a las cartas, y de noche en casas que se turnaban a la lotería o «quincina», me sentaba al lado de una joven, casi siempre un poco mayor que yo, de la que recibía su perfume inconfundible de mujer que empieza y con la que más o menos inocentemente tenía algún que otro contacto.

Casi siempre era la señora de la casa la encargada de cantar las bolas, no dejando de asignar a cada número un apodo por todos conocido: invariablemente, el 15 era la niña bonita; el 3, era tristrás la pata de perro; el 22 los dos patitos, etc., etc. Nosotros apuntábamos en nuestros cartones con judías o garbanzos y de cuando en cuando nos ayudábamos al apuntar, con lo cual se producía el roce de nuestras manos. Aquellas reuniones discurrían con la máxima corrección. Se contaba cómo en una reunión el señor de la casa al ir a recoger una bola que se había caído y contemplar cuanto sucedía debajo de la mesa, cumplió primero con su obligación diciendo el 22, los dos patitos, añadiendo inmediatamente después...: «¡Y to Dios a la calle!». La historia era pura fantasía; nunca pudo justificarse en nuestras tertulias.

Durante el día los amigos salíamos al campo y nos contábamos nuestras impresiones y nuestros contactos de la noche pasada. He de reconocer que en esta época casi todas nuestras conversaciones giraban alrededor de

los problemas sexuales que vivíamos como una verdadera obsesión.

Un hueso del cuarto curso era la perceptiva literaria, por lo muy exigente que era su catedrático, don Alfonso Pogonoski. Este nos obligaba a aprendernos de memoria una cantidad extraordinaria de versos, pero yo quería tener ratos libres para dedicarlos a leer todas las novelas y obras de teatro que caían en mis manos, con lo que los versos quedaban sin aprender. Tomó la costumbre mi padre de repasarme las poesías y solía decirme: «Estudia, y cuando yo vuelva del casino veré si te las sabes y si no seguirás sin acostarte hasta que te las aprendas». Yo veía por una parte el cielo abierto, dueño del despacho de mi padre y con libertad para leer «Lo cursi», «Los malhechores del bien», «La malquerida», y otras comedias, pero por otra temblaba ante la idea de quedarme despierto después de las once, hora en que mi padre regresaba, pues fui siempre muy dormilón. Resolví el problema dedicándome a la lectura, y al escuchar el rechinar de la llave en la puerta, hacerme el dormido. No dejaba de ser para mí un momento terrible cuando con los ojos cerrados adivinaba la mano de mi padre que iba proyectándose sobre mi cogote para terminar con un pescozón, y diciendo: «¡A la cama, sinvergüenza!», era lo que yo buscaba. Tuve la debilidad de contar mis tretas a don Juan Molina y éste se lo sopló a mi padre. Allí acabó mi mixtificación, pues después de los pescozones me obligó a estudiar en voz alta hasta que me aprendí los versos. No más lecturas y seguí el curso con normalidad.

A todo esto, la guerra estaba acabando con el triunfo de los aliados, pero tuvimos una visita imprevista y terrible. Me refiero a la gripe; la que se llamó en el mundo la gripe española.

Todos los días había ocho o diez muertos, con muertes que aterraban, pues eran de personas que se habían visto llenas de salud hacía un par de días antes.

Las campanas doblaban a muerto de manera continua y sus vibraciones otras veces tan alegres parecían crear una atmósfera de tristeza y desesperanza en la que nos creíamos por siempre sumergidos.

Entonces me di cuenta de lo que valían mis padres. No expresaron nunca el menor temor; si alguno de nosotros mostraba miedo era objeto de sus burlas y consiguieron que en mi casa todo siguiera lo mismo y que siguiéramos la vida con toda normalidad. ¡Como si no existiera tal gripe!

De mi época guerra-bachillerato, sólo me queda por recordar un acontecimiento de cierta importancia. Me refiero a la visita pastoral del obispo, que desde hacía bastantes años no había tenido lugar. Para preparar el pueblo enviaron veinte días antes dos misioneros, el padre José y el padre Manuel. Turnándose por la tarde y por la noche, diariamente nos dirigían un largo sermón. Con una voz «de profundis», el padre José desarrollaba unos temas que levantaban, sobre todo en las ancianas, una verdadera tempestad de suspiros y hasta gritos desgarrados de «¡ay, Dios mío!». Recuerdo las frases que constituían siempre el núcleo del sermón: «¡El infierno con sus castigos horribles! ¡Los demonios lanzándose sin piedad sobre los pecadores hasta hundirles y quemarles sus carnes que en el mundo fueron protagonistas de pasiones y del pecado...!». Otros temas que con frecuencia llenaban de terror a los oyentes consistía en declamar: «Pensad que acaso vais a morir dentro de un día, puede que pasado una hora, quizá ahora mismo...». Los ayes, los suspiros y los golpes de pecho resonaban por toda la iglesia. El padre José llegó a pedir que cuando sonara el Angelus, todos los del pueblo se arrodillaran cualquiera que fuera el lugar en que se encontrasen. Era un espectáculo ver la plaza y muchas calles con mujeres no sólo viejas, sino también jóvenes arrodilladas mientras sonaban las campanas.

El padre Manuel tenía una oratoria de otro tipo. Era quizá más elocuente y de cuando en cuando despertaba el entusiasmo cuando se enfrentaba con los fieles con estos párrafos: «Pecad si queréis, pero no con las manos, porque ésas las rescató Cristo cuando se las dejó clavar en la Cruz; pecad si queréis, pero no con la boca, porque también la rescató Cristo cuando sediento dejó que le dieran hiel y vinagre...». Durante aquellos días no nos reuníamos con las muchachas. Estas no querían

el menor contacto con nosotros, estaban todas en continua penitencia.

Solíamos escuchar los sermones Salvadorico, Fernandillo Bicicleta, Chivica y yo. Salvadorico era siempre muy despectivo y dedicaba al padre José un gesto del más absoluto desprecio. Fernandillo Bicicleta pedía mi opinión, porque decía que él respetaba a todo el que tenía estudios. Yo no podía por menos de considerar al padre José como un sacerdote más o menos del siglo pasado, y pensaba que no había derecho a que hubieran metido al pueblo en un puño, como realmente había conseguido.

Por la mañana, los dos padres se metían en el confesionario y todo el pueblo iba desfilando formando verdaderas colas. A los pocos días se notó, que así como las viejas iban indistintamente con uno u otro padre, las jóvenes se fueron retrayendo del padre Manuel hasta que quedó sometido a un completo boicot. La razón llegó pronto a nuestros oídos. Parece que en la confesión, el padre Manuel hacía unas preguntas que ruborizaba a las muchachas, y a veces eran de tal naturaleza, que abandonaban el confesionario sin terminar la confesión. Desde entonces mirábamos todos con cierta guasa al padre Manuel, que terminó completamente desprestigiado.

Por fin llegó el día de la venida del señor obispo. En el campanario, el sacristán y dos monaguillos oteaban la carretera para descubrir el automóvil del prelado. Tan pronto como fue localizado, el pueblo entero pareció estremecerse. Volteaban las campanas, sonaba la banda de música, se disparaban cohetes y detrás del párroco, don Rafael, el alcalde y las personalidades de la villa que estaban al final de la carretera, se extendía una extensa marea, en que apiñados hombres, mujeres y niños daban vivas estentóreos. Cuando bajó el obispo empezaron a besarle el anillo y gran parte de las gentes, sobre todo las mujeres, se pusieron de rodillas. A la subida de la cuesta que daba entrada a la plaza habían preparado un altar donde se revistió el prelado, con la ayuda de dos pajes y ya con mitra y báculo entró en la iglesia, al mismo tiempo que todo el pueblo le seguía y vitoreaba.

Yo creo que muchas mujeres, cuando desde el altar

mayor, con su mitra y su báculo, se dirigió a la multitud diciendo: «Vengo en nombre de Dios a bendecir vuestros campos para que os den los frutos que con vuestro trabajo habéis merecido; vengo en nombre de Dios a bendecir vuestros hogares para que en ellos reine la armonía y la paz del Señor...», creían sencillamente que Dios había descendido de los Cielos y les estaba hablando en aquel momento.

Con ocasión de la visita y recibimiento del obispo, escuché de algunos y especialmente a mi profesor Esteban, comentarios irónicos sobre el contraste patente entre la atmósfera de modestia y humildad en que nació el cristianismo, y el fastuo y la pompa con que se rodeaba a las dignidades de la Iglesia Católica. Todos estos comentarios me parecieron por aquel entonces muy justos y atinados, uniendo mis críticas a los sarcasmos de mi profesor.

Pasados los años he vuelto a pensar en aquel acontecimiento y no puedo por menos de decirme: ¡qué error, qué tremendo error! Si la Iglesia Católica ha conservado durante siglos prácticamente su unidad y su fortaleza, ha sido por sus ritos y por su liturgia con todo su fastuo y con toda su grandeza. Santos y oficiantes con vestiduras bordadas en oro, a veces deslumbrantes, han impresionado las almas sencillas de los creyentes. Nos guste o no nos guste reconocerlo, las doctrinas en un noventa por ciento entran más que por el cerebro, por el corazón. Esto no ocurre sólo en las religiones, se observa también en los partidos de masas. ¿Es que un desfile militar con su colorido y exhibición de sofisticados armamentos por la plaza Roja de Moscú no entusiasma más que una disertación filosófica sobre el marxismo? ¿Qué hubiera ocurrido si nuestro obispo entrara en mi pueblo vestido de seglar, con las manos en los bolsillos y del brazo de don Rafael, dando palmadas campechanas a las autoridades que le recibían? Pues, sencillamente, que nadie le hubiera hecho caso y que la gente del pueblo después de mirarle con un poco de curiosidad, se hubiera vuelto a sus casas.

Creo sinceramente que la Iglesia tiene en la actualidad planteado un grave problema. Ahora ha iniciado un movimiento hacia los humildes, lo que parece justo y lógico, pero cada vez pretende ocuparse más de las confrontaciones sociales y menos de todo lo que por abordar los temas trascendentes, atraen las almas de los creyentes. Para ocuparse de los problemas sociales, estimo que llega con retraso, otros le han cogido la delantera. Se me dirá que muchos ejemplos contradicen en la actualidad mi teoría. Son, en efecto, numerosos los obreros en conflicto que ocupan las iglesias y se acercan a las autoridades eclesiásticas en busca de apoyo, cosa que no había ocurrido desde hace mucho tiempo. ¡Error!, ¡error! Acuden a las autoridades eclesiásticas porque saben que todavía son «clases», esto es, que todavía son los que quieren dejar de ser; porque saben que aún gozan del respeto y de consideraciones especiales de las autoridades gubernamentales. El día que, en efecto, dejen de ser «clases», la postura obrera, llena de lógica, será ésta: para la defensa de nuestros intereses ya tenemos los partidos y las organizaciones de toda la vida, los que más o menos están formados por nosotros mismos y en los que siempre hemos depositado nuestra confianza, porque por la razón que sea, es a ellos y sus métodos a los que se ha debido la marcha ascendente del proletariado.

La Iglesia con su nueva postura llega tarde. Puede que se le acerque una minoría intelectual, pero los intelectuales pueden crear partidos y hasta ideologías religiosas, pero nunca pueden ni apuntalarlos ni mantenerlos, porque ese cometido está reservado a la masa.

El obispo estuvo dos días hospedado en la casa de don Rafael Ordóñez y éste se hacía lenguas de los gastos y cuidados que esta estancia le acarreaba. «Figuraos —nos decía— el problema que se me presentó con el retrete. Como comprenderéis, el señor obispo no va a utilizar papel higiénico como hacemos todos. Tuve que buscar tela de seda, pero había que escoger las dimensio-

nes apropiadas de los trozos, porque era imposible colocarla en rollos.»

¿Se daría cuenta el obispo de que don Rafael era un magnífico y buen sacerdote, pero sin dudar el mayor embustero de su diócesis?



Si a los quince años se es todavía un niño, yo puedo decir que a los quince años se interrumpió mi niñez. Cuando estudiaba el último año de bachillerato, se me presentó mi padre con la *Gaceta* en la mano y acompañado de Esteban. «Manuel —dijo mi padre—, acaban de anunciar unas oposiciones que parecen muy ventajosas: 600 plazas de oficiales de Telégrafos; tienes la edad mínima que se requiere, y el único inconveniente grave que vemos es que los exámenes empiezan muy pronto, el primero de febrero. Esteban opina que no perdiendo un sólo día y si estudias con verdadero entusiasmo, puedes dominar el programa. No puedo coaccionarte lo más mínimo; tómate veinticuatro horas para pensarlo y decide con absoluta libertad. Cualquiera que sea el camino que escojas, me parecerá bien.»

Yo, he de confesarlo, fui tan irresponsable que no pensé en las dificultades no perdí el tiempo en medir mis fuerzas y lo único que vi y que me atrajo de modo irresistible fue el viaje a Madrid. Conocer la capital de España, la ciudad alrededor de la cual parecían girar todas las provincias del país, donde sucedía todo y todos los días era noticia. Tropezaría por la calle con los grandes políticos, me cruzaría con Galdós, con Benavente... ¡Qué ingenuidad la de mi padre, un día para pensarlo! Lo decidí en unos segundos, mientras me veía viviendo en una fonda e iniciaba vida nueva, libre y apasionante, sí desde mi pueblo saltaba media España para instalarme en su centro geográfico, político y cultural.

Desde el día siguiente empecé a estudiar sin descanso, utilizando los libros de que disponía mientras llegaban unos apuntes que ya se anunciaban en los periódicos diarios.

En realidad, había estudiado las matemáticas tan en serio a lo largo del bachillerato, que sólo tenía que repasarlas y hacer muchos problemas. Algo parecido ocurría

con la Física, la Química y la Gramática. El hueso estaba en la Geografía Universal y Telegráfica. A ella me dediqué con verdadero ahínco. Se decidió que el 20 de enero saldría para Madrid, porque era conveniente asistir algún tiempo a una academia donde podría recibir una buena orientación y comprobar al mismo tiempo cómo podían compararse mis conocimientos con los de unos centenares de alumnos.

Por casualidad, un primo mío, recién venido de México para visitar a sus padres, iba a marchar a Madrid y se ofreció a acompañarme, con lo cual mi primer viaje a la Corte lo realicé en coche-cama. ¡Qué espanto de viaje! No pude aguantar la calefacción, a la que no estaba acostumbrado, y a lo largo de toda la noche creí que el mareo iba a terminar con mi vida. Sólo me he mareado una vez cruzando el Canal de la Mancha y puedo asegurar que el malestar que me produjo la dichosa calefacción nada tenía que envidiar al que sufrí en el viaje marítimo. Llegué a Madrid menos feliz de lo que yo había soñado y dede la estación me condujo mi primo a una casa de huéspedes, establecida en el tercer piso de la calle del Prado, número 10. Los trenes, entonces, circulaban con mucho retraso, y mi llegada tuvo lugar por la tarde. Se marchó mi primo y me quedé solo en mi habitación. El silencio era absoluto, ningún huésped se encontraba en la casa y he de confesar que la sensación que noté fue de una enorme tristeza y una insupportable soledad.

Aquella habitación fría, solitaria, con un balcón a un patio oscuro, no era lo más apropiado para revivir el optimismo con que concebí el viaje, que ya empezó estropeándolo el detalle ridículo de la calefacción. Sentí la imperiosa necesidad de comunicarme con alguien y, atravesando un largo pasillo sin luz, pude orientarme hasta la cocina, donde estaba Eloísa, la criada de confianza de la casa. «¿A qué hora se cena?», fue la única pregunta que se me ocurrió. «Son sólo las siete de la tarde, hasta las diez o diez y media no empiezan a venir los huéspedes.» Volví a mi habitación más solo y más triste; había que esperar más de tres horas para que, viendo a alguien o hablando con alguien, pudiera empezar a olvidar que los míos habían quedado a cientos de kilómetros de distancia

y que aquel Madrid maravilloso, que yo había soñado, se reducía por ahora a aquella pequeña y triste habitación.

Al fin fueron llegando los huéspedes y me senté en una muy larga mesa del comedor, sin que nadie me presentara. Yo dije «Buenas noches» y así me respondieron todos. Como no fui mirándoles atentamente, no me hice cargo de sus distintas fisonomías. Sólo vi que había dos jóvenes de unos dieciocho años y los demás tendrían edades comprendidas entre los treinta y cuarenta. El de cuarenta debía ser un señor de cara achabacanada y vestido de negro, que vi al final de la mesa constituyendo el centro de la conversación, que, por cierto muy animada, se desarrollaba con la intervención de todos los comensales. Hubiera jurado que aquel señor era un sacerdote, si no fuera por su lenguaje demasiado desgarrado y el ambiente de jocosidad y picardía que creaba entre sus interlocutores. Eso sí, de cuando en cuando se dirigía a uno de los jóvenes, diciendo: «Don Severino, nosotros sabemos comprender y perdonar a todos estos que, más que calaveras, presumen de serlo y debemos adoptar una postura flexible para conducirlos poco a poco por el buen camino». Me parecieron estas frases tan hipócritas, pronunciadas en un tono que pretendía ser evangélico, que no pude por menos de redoblar mi atención en aquel personaje vestido de negro.

Llevaba una sotana y era, en efecto, sacerdote. Se llamaba don Antonio y, cosa que hoy extrañaría, todos los comensales, incluidos los dos de dieciocho años, se trataban de usted y de don. En días sucesivos fui conociendo quiénes eran mis compañeros de hospedaje: don Antonio, párroco de un pueblo de la provincia de Madrid y de costumbres un poco licenciosas; don Rafael, médico, de hablar un poco ronquillo y siempre irónico con algo de mala intención, vestía muy atildado; don Gustavo era empleado del Banco Río de la Plata (hoy, Banco Central) y todas sus ilusiones residían en que fuera trasladado a Londres para perfeccionar su inglés; don Felipe, empleado del Crédit Lyonnais, usaba los cuellos duros mejor planchados que nunca he visto y no concebía otra vida que aquella que pudiera proporcionarle las mayores diversiones; don Jesús había estudiado Medicina, pero era mon-

tero de Espinosa. Como tal, cada semana hacía una guardia nocturna en la antecámara del Rey; era muy monárquico y se había sometido a su escaso sueldo para pasarlo, si no demasiado divertido, por lo menos sin preocupaciones; don Severino era un gallego muy religioso, que preparaba el ingreso en ingenieros industriales; don Eduardo, el otro joven, estudiaba Medicina, y, por último, don Paulino y don Andrés eran dependientes de comercio, de rango distinguido, pues por lo que contaban debían estar interesados en sus negocios respectivos.

Pero volvamos a aquella noche. Todos hablaban y reían, y, cosa curiosa, al único que de cuando en cuando le apeaban el don era precisamente a don Antonio, a quien, salvo don Severino —que siempre le trataba con el mayor respeto—, le decían: «¡Cañutas! ¡Cañutas!»

De pronto empezaron a comentar la sesión del Congreso y se encendió una discusión política muy apasionada. Como, desde hacía años, mi padre me estimulaba a leer artículos de carácter político, él hablaba mucho de las figuras relevantes y yo le escuchaba siempre con la mayor atención; todo lo que se refería a la política era algo que me atraía y de la que me era imposible sustraerme. Empecé, pues, a hablar y hablar, y desde el primer momento empezaron a escucharme con atención y curiosidad. Oí que don Paulino y don Andrés decían: «Este es otro Indalecio Prieto». Yo me crecía por momentos y los comensales se disputaban la palabra, más que para discutir conmigo, para oírme, pues llegué a sorprenderles dados mis pocos años.

Cuando me retiré de la mesa parecía haber revivido; desapareció la morriña y hasta mi dormitorio no me pareció tan inhóspito y solitario. ¿Habría empezado mi conquista de Madrid?

No sé por qué, una cosa quedó establecida: yo sería el único que no gozaría del don. Desde aquella primera noche en adelante, todo el mundo me llamaría «el chavea».

Al día siguiente me levanté a las seis de la mañana para reanudar mis estudios y, después de desayunar, me puse en contacto con los dueños de la casa para que me orientaran hacia la Academia a la que debía asistir.

Eran los dueños: don Pedro Vivar y su mujer, doña

Celestina. Un hijo había entrado de cartero interino, y Eloísa, a la que llamaría la criada de confianza, ayudaba a la dueña en la cocina, servía en la mesa y era la encargada de llamar a los huéspedes por la mañana, cuando para ello era requerida. La otra sirvienta se encargaba de fregar los suelos y hacer los cuartos.

Doña Celestina era baja y rechoncha, de cara muy encarnada y jugadora empedernida de lotería. Jugaba en todos los sorteos y siempre se estaba quejando de su mala suerte. Las mismas quejas lanzaba cuando tenía que pagar el recibo mensual a una sociedad de entierro, donde estaba suscrita desde hacía muchos años. «¡Hay que ver, con el tiempo que llevo pagando hubiera tenido para un entierro de lujo y no de tercera!» Doña Celestina estimaba como mala suerte el haber vivido el número de años suficiente para que su entierro le resultara caro. Acaso hubiera gozado más de su entierro de tercera si a los pocos meses de suscribirse en la Sociedad hubiera querido Dios llevársela de este mundo.

Don Pedro era bajo, con bigote recortado, casi blanco, y una gorra de lana permanentemente encasquetada. Nunca le vi quitarse la gorra, tampoco le vi que trabajara en nada, salvo extender unos recibos a fin de mes para cobrar nuestra pensión, con lo cual creía justificar su cargo de director del negocio.

Este don Pedro me explicó el camino que debía seguir para llegar a la academia, y todo resultó muy sencillo: bajando la calle del Prado a la derecha, tomaría la de León hasta desembocar en la plaza de Antón Martín. Después de esta plaza, ya estaba en la calle de la Magdalena, en cuyo número 1 estaba instalada la academia.

Un hermano del director de la academia hacía de administrador-secretario y a él me dirigió el portero. Rellené unos papeles y me dieron a escoger entre asistir a las clases por la mañana o por la tarde. Me enteré después que había un turno de noche, pues el número de alumnos era muy grande.

Escogí las clases de la mañana y me incorporé de manera inmediata a las que estaban dando.

Saqué la impresión de que, en general, los alumnos sabían poco. Unos cuantos que eran licenciados en exac-

tas figuraban como ases en matemáticas, pero se veía que no repasaban nada, pues cuando tenían que ceñirse al programa solían divagar y, a veces, sus respuestas no resultaban ni concretas, ni brillantes.

Lo que más me sorprendió fue ver lo que ocurría en Geografía. Un gran número de alumnos habían gastado tiempo y habilidad para confeccionarse unas chuletas escritas en papel tela y constituidas por dos rodillos giratorios sujetos con una goma. Un movimiento de dedos ponía en movimiento los rodillos e iban apareciendo los nombres de las poblaciones que interesaban. No sé si el profesor se daba cuenta, pero en la misma academia, y acaso como un ensayo, utilizaban para contestar este método.

Lo que me resultó más interesante fue que nos dictaran, al final de la clase, una serie de problemas que consideré de gran utilidad y que me tendrían ocupado en su resolución gran parte de la tarde.

Terminadas las clases llegaba a la fonda justamente a la hora de comer. En la mesa me acogieron todos con afecto y simpatía; yo era «el chavea». Todos los días, al terminar de comer, lo primero que hacía era escribir a mis padres y, una vez cerrada la carta, iba al Palacio de Comunicaciones, donde hacía mi único gasto, veinte céntimos del sello, para enviar la carta. No podía dejar mis resabios pueblerinos. Entonces se recogía la correspondencia en todos los estancos, y precisamente había uno frente a mi casa, donde todos los huéspedes depositaban sus cartas. A mí, el estanco no me ofrecía seguridad y no quedaba tranquilo si no veía deslizarse la carta por uno de los buzones de la Central de Correos.

Mi primo antes de volver a Méjico siguió una temporada en Madrid y algún domingo me invitaba a comer en el hotel Regina, que era donde se hospedaba. ¿Querrán creer que seguía pasando un verdadero mal rato con la dichosa calefacción? Mi primo estaba siempre rodeado de amigos, casi todas personas con intereses en Méjico y a quienes les interesaba estar en buenas relaciones con él para que «ojeara» sus negocios. Algunos le preguntaban: «¿Cuáles son sus señas en Méjico, don Baltasar?» Mi primo respondía orgullosamente: «Baltasar Márquez.

Méjico.» «¡Cómo presume mi primo!», pensaba yo. Más tarde, mucho más tarde, el recuerdo de aquella anécdota en la que yo tachaba a mi primo de vanidoso iba a tener para mí y los míos la mayor importancia.

No he explicado que mi primo era el rico de la familia. Yo le tenía un gran cariño, porque, siendo tan sólo varios años menor que mi padre, trató siempre a éste con todo respeto y nunca dejó de llamarle tío Manuel con el mayor afecto.

Mi primo mostró siempre una gran decisión que, apoyada por su talento, voluntad y simpatía, le hizo triunfar plenamente en condiciones durísimas. A los diecisiete años era profesor de un colegio de Segunda Enseñanza, cuando, sin encomendarse a nadie, decidió marcharse a Méjico. Durante unos diez años, nadie supo de él y la primera noticia que su padre tuvo fue una felicitación por su santo y un regalo de 25.000 pesetas. Había empezado a triunfar en toda la línea: participación importante en fundiciones de Monterrey y fábrica de malta, consejero del Banco Nacional de Méjico, etc. Si su posición económica fue brillante, la social era más importante, pudiendo decirse que se contaba entre los más distinguidos de la colonia española. De todos modos, su fortuna tuvo muchas variaciones, pues le correspondió vivir en el Méjico de vida política más agitada. En su casa se escondieron sucesivos presidentes derrocados, pues mi primo rendía un verdadero culto a la amistad. Creo, no estoy seguro, que fue Madero el que le dijo:

—Gringuito, sé que tienes escondido en tu casa al que hemos cesado. ¡Andate con ojo!

—Eso debe tranquilizarte, presidente —le respondió Baltasar—, pues te demuestra que, llegado el caso, haría lo mismo contigo.

Pocas noches después llamaba Madero a casa de mi primo.

Ya en Madrid, y estando con él en Avila pasando unos días, recibió un telegrama en el que se le anunciaba haber sido nombrado presidente del Banco Nacional de Méjico. No pudo aceptar porque deseaba continuar en España pendiente de la educación de sus hijos.

He olvidado decir que en la calle de Gravina tenía un

medio pariente, don José Medina, a quien mi padre encargó me facilitara el dinero que necesitase y al que yo podía acudir en cualquier problema que surgiera. Tanto él como su mujer, doña Julia, me tomaron verdadero cariño y estaban deseando que les visitara, cosa que no podía ser frecuente debido a mi dedicación por completo a la academia y al estudio. Mi madre le encargaba de cuando en cuando a doña Julia que me comprara camisas, calcetines, un paraguas, etc. El matrimonio —que no tenía hijos— me acompañaba e íbamos entrando en los distintos comercios donde debían ser muy conocidos, pues inmediatamente salía a nuestro encuentro un empleado que les saludaba con toda consideración. Y aquí venía la frase que verdaderamente me hundía e indignaba: «Vamos a ver unas cosas para este muchacho, que acaba de llegar del pueblo...». Precisamente en aquella época se daban de la mano el trato casi despectivo de todo madrileño por los que no habían tenido la suerte de nacer o vivir en la Corte, con el empeño justificado de todo pueblerino en no parecerlo.

De cuando en cuando, hoy se habla de centralismo y hasta del olvido a que quedan relegadas las provincias. Nada más injusto. Las provincias se han dignificado y colocado frecuentemente en primer plano. Entonces, en la época a que yo me refiero, era cuando sólo parecía existir Madrid, y los provincianos, por lo general, no nos sublevábamos, simplemente hacíamos por parecer madrileños.

Oía en la academia cosas tan absurdas como ésta: «Ayer, en la Puerta del Sol, me preguntó un "paleta" el tranvía que debía tomar para Rosales». Así era un «paleta» porque en una ciudad extraña desconocía el tranvía que hacía determinado trayecto.

Me dolía tanto la frase de «Aquí, un muchacho que acaba de llegar del pueblo» que he de reconocer que fui rencoroso y tomé una venganza que, después de tantas bondades, no merecía el bueno de don José.

Las cosas ocurrieron así: nos escribió mi padre diciendo que debíamos visitar al nuevo diputado por mi pueblo, el distinguido ingeniero de Montes y cuñado de La Cierva, Juan Antonio Pérez Urruti. Este diputado, muy

simpático y servicial, nació de una componenda del marqués de Larios y el grupo conservador. El marqués pasaba a ser senador vitalicio y a cambio apoyaba con todas sus fuerzas en mi pueblo la candidatura ciervista.

Don José Medina, que era muy aficionado a los contactos sociales, recibió muy contento el encargo y, usando su mejor bombín, bastón y abrigo, se dispuso a acompañarme al Congreso para ver a nuestro diputado. El pobre señor me recalcó: «Tú me presentas —yo era el que le conocía— y dirás: don José Medina, de la Dirección de la Tabacalera.»

Llegamos al Congreso y pasamos recado al señor Pérez Urruti, quien se presentó con rara prontitud. Después de saludarme muy afectuosamente, se dirigió a don José, a quien yo presenté diciendo: «Aquí, don José Medina, empleado de la Tabacalera.» Mi pariente palideció y salió del Palacio de las Cortes todo mohíno y sin querer dirigirme la palabra. El enfado le duró varios días.

En la academia todo se desarrollaba con normalidad, sin poder anotar más que un pequeño incidente debido al detalle con que me había aprendido la Geografía y la reacción de los compañeros al escucharme, que nunca supe si actuaron en plan burlesco o si, como me aseguraba el director, habían demostrado su entusiasmo con toda sinceridad.

Me preguntaron las colonias españolas y francesas del Africa del Norte, y después de mi respuesta, en que agoté el tema sin olvidar el menor detalle, empezaron los compañeros a aplaudirme con verdadero calor. Yo dije que de mí no se burlaba nadie y me dirigí violentamente a los más próximos, hasta que intervino el profesor, que me condujo a la Dirección.

El director de la academia me aseguraba que no hubo la menor burla, sino que todo fue una expresión sincera de afecto y reconocimiento de mis méritos. No quedé muy convencido, pero tuve que dejar las cosas como estaban.

En la fonda todo discurría lo mismo, salvo que ya con más confianza pude observar algunos detalles que antes me habían pasado inadvertidos. Todas las noches al terminar de cenar, don Severino decía: «Eloísa, mi taza de cacao y mañana a las seis». Lo único especial

que en aquella fonda se servía, era una taza de cacao para don Severino. Este acudía diariamente a la misa de las seis y media.

En cuanto don Severino tomaba su cacao, ya se intercambiaban guiños entre don Antonio y los demás huéspedes. El sacerdote se levantaba de la mesa al mismo tiempo que don Severino y decía muy hipócritamente: «En ningún sitio se está mejor que en la cama, vamos a dormir hasta mañana si Dios quiere». Don Severino se encerraba en su cuarto; y en uno de los otros huéspedes, unas noches el de don Felipe, otra el de don Angel, esperaba anhelante don Antonio, hasta que llegaba Eloísa y decía: «Don Severino ha apagado ya la luz de su cuarto».

Inmediatamente y con gran rapidez, cambiaba su sotana por un traje de seglar con el que resaltaban más sus rasgos innobles y gestos descarados. Lleno de alegría como un chiquillo que se escapa de un castigo, salía don Antonio a la calle, acompañado de uno o dos de los compañeros de fonda.

También tardé en darme cuenta de que tanto don Severino como don Eduardo, los dos estudiantes, eran un poco cojos. El descubrimiento lo llevé a cabo del siguiente modo: Un muchacho hijo de un amigo de mi padre, residente en Málaga, llegaba a Madrid para preparar unas oposiciones, y se me pidió que hablara con los dueños de la fonda para procurarle alojamiento. Doña Celestina se puso muy contenta, me agradeció la gestión y recibió al muchacho con la mayor simpatía. Ya estaba indicándole la habitación cuando de pronto se dio cuenta de que el nuevo huésped cojeaba un poco. ¡Dios mío, qué furia de mujer! «¡Esto es una burla, van a tomar a mi casa por la casa de los cojos! ¡Tres cojos! ¡Tres cojos! —gritaba como un basilisco—. De ninguna manera, búsquese usted otro aposento», le plantó a mi recomendado, que lleno de sorpresa e indignación tuvo que coger el equipaje y salir a buscar fonda, donde no estuviera cubierto el cupo de los cojos.

Empezaron los ejercicios de las oposiciones, cada uno de los cuales estaba dividido en dos: escrito y oral.

No aparecía en las listas ninguna puntuación, limitándose a calificar a los tres mil candidatos, en «admitidos» y «eliminados». Naturalmente, yo telegrafiaba a mi padre el resultado de cada ejercicio en que actuaba. Yo sabía, y así me lo dijeron, que cuando calculaba la fecha de mis actuaciones, se paseaba nervioso por las cercanías del telégrafo. De acuerdo con las instrucciones paternas, a la palabra admitido de los exámenes orales, agregaba la calificación que a mi juicio por los gestos y palabras de los miembros del Tribunal, había merecido. Siempre puse «muy bien» porque así fue el resultado, salvo en el último ejercicio que no era eliminatorio y al que no dábamos importancia. Se trataba de Dibujo Lineal y según el reglamento de las oposiciones no se eliminaba en este ejercicio, pero la calificación intervenía en la puntuación final.

Mi examen de dibujo fue un desastre, y, para colmo, al final se me derramó la tinta china sobre el papel. Entregué el ejercicio avergonzado.

¡Con qué alegría cogí el tren de regreso para esperar en mi pueblo la lista definitiva de los que habíamos alcanzado plaza y podían volver a seguir un curso en la Escuela Oficial de Telegrafía!

Naturalmente, el viaje lo hice en tercera, y aunque no dormí en toda la noche, me pareció una delicia. ¡Qué atmósfera de amistad entre todos los viajeros, que se ofrecían de todo y de todo hablaban con la máxima franqueza. No era extraño que un campesino nos hablara de los problemas que tenía con su nuera o con sus hijos. Yo supongo que estos viajeros estaban deseando contar a alguien sus cuitas, para descargarse confesándolas; nosotros a los que lógicamente no nos iban a volver a encontrar en la vida, éramos los confesores idóneos. ¡Eramos, simplemente, compañeros de viaje! Yo notaba en casi todos olor a pueblo, que eran de pueblo e iban a su pueblo y todos ellos junto al buen humor de unos cuantos, me brindó un viaje verdaderamente feliz, que contrastaba con mi triste llegada en cochecama.

¡Cómo hablar de los que esperaban en mi pueblo

un trecho bastante largo antes de la llegada! Allí estaban mi padre, mis hermanos, Esteban, su hermano, el médico joven, mi tío Justo... y con todos fui andando hasta el pueblo después de cambiar con todos fuertes abrazos. Desde el final de la carretera, se veían los balcones de mi casa y en uno de ellos estaba mi madre, que agitaba un pañuelo. Al llegar a mi casa, mi madre no cesaba de abrazarme y de mirarme. «Está más delgado, mucho más pálido, repetía preocupada. —Sí, es natural —decía mi padre—, ahora se repondrá.»

Me ocurrió algo a que ni yo ni los míos dimos demasiada importancia. Me encontraba cansado y mi mayor deseo después de comer era echarme a la cama. Los nervios, el trabajo, la preocupación, decía mi padre, para responder a sus propias preocupaciones. Cosa rara, con lo exagerados y cuidadosos que eran para todo, no se les ocurrió tomarme la temperatura. Se habló con Pepe Mira, el médico, hermano de Esteban, y dijo que para reanimarme me pondría unas inyecciones de Fosforrenal. Eso fue todo.

A todo esto, al terminar las oposiciones había más aprobados que plazas, y empezó mi padre a preocuparse por si quedaban aprobados sin plaza y entre ellos estaba yo. Se pidió al director de la academia que telegraficara tan pronto como saliera la lista definitiva con la numeración.

Un tío de Esteban, don Manuel Mira, le había arrebatado el telegrama al repartidor, y exhibiéndolo como una bandera, vino a mi casa gritando: «¡Número 31! ¡Número 31!». Habían ampliado el número de plazas hasta 804, y yo alcancé el número 31, a pesar de que mi puntuación en Dibujo sólo había podido ser cero.

Mi padre estaba entusiasmado. Muy poco después recibí aviso telegráfico para incorporarme a la Escuela, con lo que finalizaba mi descanso en el pueblo y se iniciaba mi segunda estancia madrileña.

Cosa curiosa, aquel extraño cansancio había desaparecido por completo y me encontré feliz y lleno de vitalidad. ¿Qué me había ocurrido? Por aquella época no prestamos al caso la menor atención, y sólo doce años

después, cuando al hacerme una radiografía rutinaria de pecho, el médico aseguró que tenía dos grandes nódulos tuberculosos y que el ataque de la enfermedad debió haber tenido lugar alrededor de diez años antes; como yo no había notado absolutamente nada después de mis oposiciones y que fue sólo en aquel par de meses que estuve en mi pueblo cuando noté el cansancio tan extraño, llegué a la conclusión de que padecí una invasión tuberculosa y que mi naturaleza por sí misma la venció rápidamente.

Otra vez a Madrid, y ahora sin grandes preocupaciones. Se trataba de seguir un curso cómodo asistiendo a las clases y estudiando ordenadamente. Era ahora cuando podría disfrutar de la gran ciudad, pues la verdad es que durante mi primera estancia sólo salía para ir a la academia y para depositar la carta diaria en Correos.

Los viajes eran entonces muy complicados. Al llegar a Boadilla tuve que cambiar de tren y desde el coche donde intentaba subir, se levantaron grandes protestas alegando que estaba completamente lleno. Refunfuñaron todavía un poco, pero al final me hicieron un sitio y todos tan amigos. Me di cuenta de que el coche estaba ocupado completamente, por una compañía de cómicos que había terminado su gira por varios pueblos andaluces y regresaba a Madrid. Eran muy divertidos y, en general, presuntuosos, pero como todos sabían que presumían y que no engañaban a nadie, su presunción resultaba bastante tolerable.

Llegamos a Córdoba, donde el tren paraba treinta minutos, y todos bajaron a comer y beber algo, excepto una muchacha joven y guapa. Desperezándose se tumbó en los asientos y con una mirada picaresca me dijo: «Ahora a Madrid, a llevar la vida de queridos que es la que me gusta». No lo pude remediar, se me turbó la vista y me lancé sobre ella como si se tratara de un regalo de dioses, impregnado de los más delicados perfumes, y la soñada conquista, que lógicamente había de hacerse realidad en mi nueva vida de estudiante madrileño.

Ella... se dejaba hacer simplemente, y sonriendo cuan-

do regresaron sus compañeros, siguió hablando con el que parecía su amigo, como si tal cosa. Yo en toda la noche no dejé de buscar su contacto, al que ya cansada acabó por rehuir.

Llegué a Madrid por la mañana, me dirigí a mi calle del Prado, 10, y subí al piso tercero.

Estábamos a primeros de julio y entre los huéspedes sólo una novedad: no estaban los estudiantes, pero en cambio habían llegado de Granada los padres de don Antonio, dos simpáticos y buenos viejecitos a quienes su hijo tenía en la fonda mientras arreglaba la casa del pueblo donde ejercía la parroquia. Era idea, pues, de don Antonio, vivir con sus padres, pero algo raro debía ocurrir, pues los otros huéspedes aseguraban que se trataba de prolongar un vil engaño, ya que a don Antonio le constaba que era imposible presentar a los padres en el pueblo.

Me recibieron todos con el mayor afecto y la patrona fue tan amable que me asignó una habitación de mayores dimensiones y con un balcón a la calle. Mi primera visita fue como es lógico para don José Medina, a quien juntamente con doña Julia despedí a los pocos días en la estación, camino de mi pueblo, donde tenían una pequeña casa de campo. Me quedé, pues, sin tesorero, pero ya mi padre me dejó lo suficiente para mis gastos y me dio pruebas de su gran talento y conocimiento de sus hijos. Me dijo al despedirme: «Si necesitas alguna vez dinero, mil, dos mil, cuatro mil pesetas, lo que sea, fíjate bien, lo que sea, tú no tienes que escribirme ni explicarme para qué lo quieres —esto lo subrayaba mucho—. Me pones sencillamente un telegrama diciéndome: envíame tantas pesetas y yo si no las tengo, las busco y, en seguida, por giro telegráfico, te mando lo que necesites. Ten en cuenta que yo no te preguntaré nunca para qué has necesitado el dinero».

Mi padre sabía que algunos jóvenes contraían una enfermedad secreta y que por vergüenza o miedo no informaban a su padre pidiendo dinero para su curación, con lo cual quedaban dañados para siempre. La advertencia de mi padre tenía por objeto evitar una situación

semejante. Se podrá argüir que el procedimiento de mi padre podría tener un gran fallo. En efecto, yo podía solicitar el dinero sin necesitarlo y emplearlo precisamente en diversiones. Mi padre jugaba conociéndome a fondo y él sabía que yo era incapaz de engañarle. Nunca le pedí ningún dinero.

En la Escuela nos repartieron en cuatro grupos de doscientos alumnos cada uno. En cada banco nos sentábamos ocho, siguiendo exactamente el orden de numeración, de modo que yo me sentaba en el banco cuarto. Hice mucha amistad con el número 30, que se sentaba a mi lado, y que era bastante mayor que yo. Iba a estudiar el último curso de ingeniero de Caminos, pues en mi convocatoria de Telégrafos, entró casi todo el penúltimo curso de Caminos. En aquella época y hasta la llegada al poder de Primo Rivera, los ingenieros de Caminos tardaban diez o doce años en ingresar en el escalafón, y mientras tanto, tenían que buscar un medio de vida. Las materias que se exigían para Telégrafos las hacían muy recomendables para los alumnos de Caminos, porque las dominaban con facilidad, y de ahí el elevado número de aquella especialidad que ingresó conmigo.

Como mi compañero pronto tuvo las mañanas muy ocupadas, a veces no asistía a clase y entonces me visitaba por la tarde en la fonda para que le informara sobre las explicaciones que nos habían dado y en realidad le explicaba las lecciones del día. «¡Muy bien, chavea!», me decía al terminar, pues para él resultaban muy cómodas nuestras entrevistas, que le ahorran trabajo y sobre todo tiempo.

La vida en la fonda se desarrollaba prácticamente lo mismo, pero con ligeras variantes. Ya no se tenía don Antonio que ocultar de don Severino, pero tenía a sus padres y hasta que éstos se acostaban no podía efectuar el cambio de ropa y librarse de su sotana. Una noche, al cambiarse, me invitó a salir con él, y aunque me repugnaba aquel tipo, pudo en mí más la curiosidad y salí con «Cañutas». Hicimos varios recorridos por las calles de la Aduana, Jardines, Jacometrezo y otras de

esta clase, deteniéndonos a conversar con las busconas que pululaban por allí. Todas conocían a don Antonio. ¡Quién me iba a decir que mis primeras conversaciones con aquellas pobres mujeres iban a ser estimuladas por un sacerdote! Quizá sin quererlo me hizo un bien don Antonio, pues aquella clase de mujeres, junto con el tipo grotesco de mi acompañante, constituían un cuadro que me repugnaba y ante el que mi sensibilidad reaccionó sin vacilación.

¿Se reducían las salidas de don Antonio sólo a aquellos paseos en que tomaba contacto con lo más sucio y desgraciado? Quizá todo quedaba ahí, sin pasar a mayores.

Pude saber, sin embargo, que en el pueblo donde ejercía su ministerio, había tenido un lío con la mujer del sacristán. El suceso había llegado a conocimiento del público y ése era el motivo de que siguiera engañando a sus padres sin atreverse a presentarlos en el pueblo.

En esta segunda estancia en Madrid llegué a permitirme ciertos lujos: iba algunas noches a las verbenas, en las que encontré un magnífico sabor popular muy divertido. Hasta algunas tardes entraba en el cinema X, donde ponían películas por episodios que despertaron mi interés folletinesco. Gastaba poco, pero me había salido de los veinte céntimos diarios para la carta a mis padres.

Por aquel entonces me ocurrió un accidente que quizá marcó el rumbo de mi vida.

Pasados muchos años, en una reunión con don Manuel Soto Redondo, consejero delegado de la Transmediterránea y durante muchos años director de la Escuela de Ingenieros Industriales, le dije, ante su sorpresa, que yo quizá era ingeniero porque mataron a uno de sus hermanos. Naturalmente, tuve que explicarme. Una mañana, en clase, nos impresionó la noticia de que un compañero, a quien por no estar en mi clase no conocía, había sido asesinado la noche anterior de la manera más estúpida. Fue a la verbena acompañado de la novia, con la mala suerte de que ésta pisó el gato de una portera, que con su marido, zapatero, estaban tomando el fresco a la puerta de su casa. La portera empezó a insultar a la novia de

forma tan intolerable que nuestro compañero se vio obligado a llamarle la atención y tratar de hacerle ver que un descuido no justificaba aquella serie de improperios. Rápidamente el marido sacó de su casa una lezna de zapatero y con ella arremetió de modo salvaje contra nuestro camarada, al que dejó muerto.

Se nos citó para que todos asistiéramos al entierro y así lo hicimos, en masa. Iba yo andando con otros en el cortejo cuando desde un coche de caballos me llamaron, invitándome a subir y comprobé que se trataba de don José Carmona. Era éste un ingeniero industrial, a quien conocí en casa de don José Medina, con el que le unía a él y a su familia una estrecha amistad.

Me explicó Carmona que asistía al entierro porque era profesor de una academia de ingreso en ingenieros industriales, de la que era director y propietario don Manuel Soto, hermano del difunto.

Se entabló conversación en el coche: me preguntó lo que estudiaba, y fue derivando nuestra charla a mis conocimientos de matemáticas. «Pero hombre, si salvo las cuatro lecciones de series tú estás en condiciones de aprobar el ejercicio de aritmética y álgebra de ingenieros industriales. Aparte de mis clases en la academia Soto yo tengo un grupo particular en mi casa de seis muchachos; podrías unirte a ellos; yo te facilitaría libros, regla de cálculo y todo lo necesario. En pocas palabras: todo sería gratuito». Estábamos en agosto y los exámenes eran en septiembre. Había que tomar pronto una decisión y la tomé en el acto. Todas las tardes me iba andando hasta Cardenal Cisneros, 70, donde tenía su casa, y allí, unido al grupo de seis, empecé mis clases.

Los problemas de series me costaban cierto trabajo, pero al final creo que conseguí estar bien preparado en el ejercicio. Llegó septiembre y el único del grupo de Carmona que aprobó fui yo, el que no pagaba.

Este triunfo dio una extraordinaria alegría a mi padre, que me aconsejó y yo lo acepté: que encaminara en lo sucesivo mi rumbo hacia el estudio de ingeniería.

Mi éxito tuvo también una gran repercusión en la casa de huéspedes. No aprobó don Severino, que llevaba en-

sayando dos años y al que se tenía por un gran estudiante. Don Pedro Vivar, que hablaba muy poco, fue tan inoportuno que se le ocurrió decir: «Me parece que "el chava", antes que don Severino apruebe nada, es capaz de terminar la carrera». El pobre gallego me felicitó muy cariñosamente con bastante sinceridad, pero dijo, amargado, que iba a pedir a sus padres que lo enviaran a Suiza, donde haría la carrera de ingeniero.

Al final de septiembre se produjo la noticia «bomba» en la escuela: los 130 primeros íbamos a ser destinados de manera inmediata por necesidad del servicio telegráfico. Nuestro curso terminaba antes de tiempo, mientras el resto de los compañeros continuaban en la escuela. La explosión de envidia fue violentísima y se organizaban continuamente mítines, en los que el grito de «todos o ninguno» era el «slogan» que «honraba» a mis compañeros.

Se nos ofrecía una lista de poblaciones, entre las que podíamos escoger tres con orden de preferencia. Yo solicité, primero, Madrid, y después, Málaga. Deseaba la primera ciudad para seguir mis estudios de ingeniería, pero mi destino fue Málaga. No negaré que de todos modos recibí el destino con alegría y fui provisto de un «pase» que me permitiría hacer el viaje gratis en segunda clase. ¡Con qué orgullo mostrábamos nuestros pases al revisor! ¡Ahí es nada! Disfrutar de un servicio sin pagar un céntimo. Los coches de segunda clase, en los que por primera vez viajaba, me parecieron sosos. Casi grises eran los asientos y gris el espíritu de sus ocupantes. Por lo visto me había aficionado tanto a los coches de tercera, con el bullicio tan simpático y comunicativo de los viajeros, que no me avenía a una especie de cursilería que se reflejaba en los gestos, palabras y modos de los que me acompañaban en aquel viaje.

Como hablé poco y sobre todo reinaba un discreto silencio en el coche, me dio por meditar en la nueva etapa de mi vida que estaba iniciando. En un año todo había cambiado para mí, pasando de juegos casi infantiles a ser ya un funcionario público, con mi sueldo y mi responsabilidad. ¿Y en toda aquella transformación qué pa-

pel había jugado mi voluntad? Prácticamente ninguno. Cuando mi padre me preguntó si quería opositar a telégrafos, a mí, telégrafos, me importaba un bledo; fue el señuelo de Madrid la quimera que mi imaginación había construido alrededor de un largo viaje, lo que me hizo iniciar los estudios. ¿Para ser telegrafista? De ninguna manera; fue para realizar un sueño en el que un ansia de libertad y una atracción de lo desconocido constituyeran los factores más importantes.

Por otra parte, se había trazado mi camino hacia el estudio de ingeniería. ¿Lo tracé yo? Había de reconocer que fue simplemente el asesinato de un compañero y la amabilidad de Carmona. El hombre es «yo» y las circunstancias; en mi caso parecía como si las circunstancias lo representaran todo y el «yo» no se viera por ninguna parte. Esta sensación la he tenido muchas veces a lo largo de mi vida. A veces creo que he sido empujado, que me arrastraron las circunstancias, y yo no dejo de sentir el dolor y la frustración de no haber sido el que empujaba y de no ser yo el que arrastraba.

Después de dos días en mi pueblo me presenté en el Centro Telegráfico de Málaga para iniciar las actividades que me correspondían como oficial 3.º. Trabajábamos entonces de acuerdo con lo que se llamaba turno de cuatro: un día se entraba a las dos de la tarde y se trabajaba hasta las nueve de la noche; al día siguiente el servicio se desarrollaba de ocho de la mañana a dos de la tarde y se quedaba libre hasta el próximo día, en que entrábamos a las nueve de la noche y en teoría debía trabajarse hasta las siete de la mañana. Digo teóricamente porque en el grupo de los que pernoctaban había un turno establecido en el que ocupaba el último lugar el que por primera vez trabajaba. Quedaba a la discreción del jefe de aparatos la posibilidad de liberar a los funcionarios según el mayor o menor servicio pendiente. No era raro, si el servicio no apretaba mucho, que el número uno del turno quedara libre a las doce de la noche. De manera sucesiva iban saliendo los números posteriores, y el último, por lo menos, tenía que permanecer hasta las siete de la mañana.

A esta hora se hacía la limpieza de la sala de aparatos hasta las ocho, en que entraba el otro turno.

La noche se hacía verdaderamente pesada, sobre todo si había que quedarse hasta el final. Representaba un respiro el descanso de cerca de media hora, que a las doce de la noche nos tomábamos. Aprovechábamos este intervalo para enviar a un ordenanza por café con leche con algún bollo e indefectiblemente un cartucho de pescado frito. Había entonces en Málaga muchas freidurías que vendían grandes cantidades de pescado frito a unos precios muy asequibles. Boquerones, chanquetes y calamares eran, por lo general, los pescados que llenaban el cartucho. Los viejos —nosotros llamábamos viejos a los de más de cincuenta años— estaban casi todos de tal manera desequilibrados que yo no sabía si ello era una consecuencia de la profesión o que, al encontrarse con los nervios deshechos, habían escogido la residencia en Málaga como lugar idóneo para la cura de sus trastornos.

Los desequilibrios eran de todo tipo, pues si a algunos sólo se les podía calificar de extravagantes otros había que indudablemente padecían de pérdida de juicio. ¡Qué tipos, Dios mío! ¡Y cómo con nuestra ligereza de jóvenes servían para divertirnos!

Había uno llamado «el caballero» porque el tema de todas sus conversaciones giraban siempre alrededor de su caballerosidad y alcurnia; su servicio se realizaba siempre en ventanilla porque consideraba denigrante manipular ningún aparato. Desde la sala de aparatos escuchábamos los frecuentes escándalos que con el público promovía nuestro compañero. Un día, como un expedidor impaciente porque no le atendía diera unos golpecitos de aviso en la ventanilla, se levantó nuestro hombre muy digno y le dijo: «Caballero, ¿le daría lo mismo dar con un pitón?». Insultos, gritos desaforados, y nuestro compañero echaba mano de una pistola que siempre guardaba en su mesa.

Otra vez recuerdo que, enfadado un señor por haber permanecido demasiado tiempo en la cola, arrojó una moneda de cinco pesetas para pagar un telegrama de sesenta y cinco céntimos. Nuestro caballero arrojó a la cara del expedidor toda la vuelta en calderilla.

A veces los escándalos arreciaban de tal manera que no tenía más remedio que intervenir el propio jefe del Centro, presentando sus disculpas al público y reemplazando temporalmente en su puesto al caballero.

Don Antonio era más viejo, representaba por lo menos sesenta años y entraba dando las campanadas de las ocho y salía cuando el reloj marcaba las dos de la tarde sin saludar y sin cambiar una palabra con nadie. Su trabajo consistía en ordenar unos telegramas, cosa que hacía sin equivocarse y de manera automática.

En la mesa de este don Antonio solíamos depositar frecuentemente un problema matemático que varios habíamos seleccionado entre los de mayor complicación. Al ver el problema paraba su trabajo, se dedicaba a resolverlo, cosa que hacía siempre rápida y perfectamente, y sin decir una palabra más lo entregaba. Inmediatamente después continuaba ordenando sus telegramas. No vi que fallara ni una sola vez.

¿Quién era aquel a quien se dedicaba a cerrar telegramas porque no servía para otra cosa y estaba construyendo en la habitación de su casa de huéspedes un gran avión sin motor? «¿Cómo va usted a sacarlo cuando lo termine?», le preguntaban. «Eso es lo más fácil, está resuelto».

Muy de tarde en tarde nos entregaba don Antonio un problema propuesto por él y ninguno sabíamos resolverlo. Nunca le oí decir una palabra a don Antonio, que entre sus rarezas tenía la de cobrar el sueldo de cada mes en duros. El habilitado ya lo sabía al pagar: no aceptaba otra cosa.

Había uno, relativamente joven, que tenía la obsesión de la limpieza y llevaba siempre un frasco de tintura de yodo con la que se embardurnaba los dedos cada vez que tocaba algo. No daba la mano a nadie y sólo tocaba lo imprescindible, utilizando de manera inmediata el desinfectante, que lo mismo amarilleaban sus manos que su cara, ya que también ésta tenía que protegerla de cualquier tropiezo o del más ligero contacto.

Uno de nuestros jefes de aparatos, aparte de su tipo innoble, tenía los rasgos de simio más pronunciados que

yo había visto. Un compañero, que estaba en la ventanilla, a las tres de la mañana le gastó la siguiente broma. Dos chicas de la vida fueron a poner un telegrama y el compañero entabló conversación con ellas, a las que dijo tener dentro un mono. «¿Cómo vais a tener un mono?», decían las muchachas. Vais a verlo, y al mismo tiempo se dirigió al jefe de aparatos diciéndole muy serio que dos señoritas querían presentar una reclamación. Cuando el jefe, que ahora recuerdo, se llamaba Olmo, se asomó por la ventanilla las dos muchachas empezaron a gritar: «¡El mono!, ¡el mono!». Pues bien, el tal Olmo me produjo la gran repugnancia una noche en que muy de madrugada entró una fulana a la sala de aparatos. La magreaba de la manera más indecente, sin consideración a su categoría ni a los que estábamos de guardia. ¡Estate quieto, «so» guarrro!, le gritaba la fulana.

Un tal Somoza, de unos treinta y cinco años, nos ofreció una muestra de cinismo que me hizo cierta gracia: Ante el jefe de servicio se arrodilló una noche con el rostro lleno de lágrimas y diciendo: «Usted tiene que salvarme, estoy deshonorado si no me ayuda. ¡Por Dios, señor Carrillo!, deme cuarenta duros, ¡préstemelos, me va con ello la vida!». La escena fue verdaderamente dramática, y el señor Carrillo parecía empezar a enternecerse cuando de pronto se rehizo, exclamando: «¿Pero por qué tengo yo que darle cuarenta duros? Usted lo que tiene que hacer es seguir una vida ordenada y honesta...». Se levantó Somoza con la cara completamente limpia de lágrimas y hablando en el tono más natural del mundo: «Nada, me ha fallado el golpe; no vaya usted ahora a molestarme además con un sermón; bastante tengo con mi fracaso».

¿Nos parábamos a pensar de dónde habían venido aquellos tipos o qué tragedia se había producido en sus vidas, para llevarlos a aquel grado de trastorno? ¿Qué le había ocurrido a don Antonio, el gran matemático? Algunas veces, éste era el único que me inspiraba una cierta curiosidad. Por lo demás, contemplábamos el cuadro desde una infinita despreocupación, encontrando lo más natural del mundo que en medio de nuestro trabajo se desarrollaran escenas protagonizadas por tipos

que producían nuestra risa o atraían nuestra curiosidad.

Nadie imagine que no existía verdadero entusiasmo para el trabajo. Prácticamente no parábamos y los jefes de aparatos de los cuatro turnos competían por dejar el menor número de despachos pendientes. Uno de ellos llamado Villa, un poco tartamudo, pretendía tocarnos siempre la fibra sensible. Si acababa de terminar con los despachos del aparato que servía a Córdoba y Sevilla, se me presentaba Villa para decirme: —Perdona, pero hay un puñado de telegramas pendientes en el aparato de Granada y mira... a lo mejor hay algún despacho de un pobre padre que llama a sus hijos porque la madre se les está muriendo... Nos reíamos porque no nos hacía falta el estímulo, con verdadera alegría nos entregábamos todos al trabajo.

Por cierto, de este Villa se contaba una anécdota que de ser cierta tenía cierta gracia:

El dueño de la fonda en la que se hospedaba, cansado de no recibir el pago de unas mensualidades que le adeudaba, le llamó sinvergüenza. Nuestro Federico Villa le abofeteó y tuvo que acudir a un juicio de faltas. En el juicio dijo el juez a nuestro compañero: bueno, de acuerdo, este señor le ofendió de palabra; ¿por qué no respondió usted de la misma manera? A esto respondió Villa: ¿olvida su señoría que soy tartamudo y mientras me cago en su puñetera madre el tío se me ha ido?

Una prueba del interés y la seriedad con que nos movíamos cuando del servicio se trataba se me ofreció con motivo de un reo que en Granada se había condenado a pena de muerte y que de no recibir el indulto, una cierta mañana sería ejecutado.

Aunque Granada tenía comunicación directa con Madrid, había que prever la contingencia de que en un momento determinado se averiara el circuito que unía las dos capitales. En tal caso podía decretarse el indulto y no llegar a conocimiento de las autoridades granadinas antes de la hora fijada para el desenlace. Circuitos colaterales habían de estar dispuestos, y así Málaga debía vigilar en todo momento que su comunicación con

Madrid, Granada, Córdoba y Sevilla estaba franca.

A unos cuantos nos tocó aquella noche de servicio permanente, y de una manera constante cada diez minutos, llamábamos a las poblaciones claves, comprobando el estado de la comunicación y preguntando si había alguna novedad. Actuábamos con verdadera obsesión, pensando en la responsabilidad moral en que incurríamos si por un descuido nuestro ejecutaban al reo, cuando se había dado la orden de indulto.

A pesar del dramatismo de la situación, recibimos con un suspiro de alivio la noticia desde Granada: a las siete de la mañana había sido ejecutado el reo.

En la fonda en que nos hospedábamos, casi todos éramos telegrafistas y gente joven. Por compartir la habitación con alguno de ellos y por ser de mi misma promoción, solíamos ir juntos Juárez, Canencia, Pavón y Martín Sánchez.

De todos ellos, Pavón era el único ordenadito que protestaba si se le usaba la brocha de afeitar. Vino acompañado por sus padres, que querían cuidarle hasta el último momento. Esto no impidió que a los dos meses cogiera una sífilis que le tuvo destrozado y en tratamiento intensivo.

Juárez, de un pueblo de Avila, inició su aprendizaje de «pollo pera» en toda la extensión que se asignaba al calificativo por aquella época. Buen sastre, variadas y caras corbatas y un aire de conquistador que no correspondía con la realidad.

Martín Sánchez también era presumido; una de sus ocupaciones consistía en defenderse de mis continuas bromas, que, he de reconocerlo, eran bastante pesadas.

¿Canencia? Era el prototipo de golfante madrileño, simpático y un poco achulapado. Era en todas sus manifestaciones un bohemio, pero sobre todo presumía de bohemio, y esto era lo que a mi entender le restaba bastante de su gracejo natural; su continuo esfuerzo por parecer lo que ya era; el tinte artificioso que imprimía a lo que podía haber sido natural.

El común denominador de estos amigos era la añoranza de Madrid y considerar como una verdadera des-

gracia la obligación de residir fuera de la Corte. Les faltaba la franqueza para confesar que nunca habían vivido mejor que en Málaga. Todo era pequeño, ridículo y pueblerino en la capital andaluza; y había siempre un coro de papanatas, que llegaban a mirarlos con el respeto y la admiración que se siente por las personas que temporalmente han venido a menos, pero que pronto recobrarían su pasada grandeza.

La cosa no podía ser más estúpida. Juárez era de un pueblo de Avila, como ya he dicho, y Martín Sánchez de la provincia de Toledo. Pavón de Madrid, pero un infelizote que cogió la sífilis a fuerza de querer alcanzar un poco «de categoría» y sí, Canencia era muy madrileño, pero que ni por su edad, ni por su posición económica, pudo disfrutar del paraíso que tan dado era en describir y que en realidad había visto desde lejos.

En definitiva, Juárez, Martín Sánchez y Canencia, habían asistido a cuatro bailes, los dos últimos parece que hasta ganaron concursos, habían bebido en las verbenas algunas copas de aguardiente y quizá sobado a unas modistillas... y todo eso les permitía presentarse en Málaga como grandes juerguistas que habían tenido que abandonar una vida de disipación y llena de emociones, para recluirse durante un período de penitencia.

La realidad era muy otra. En Madrid, en efecto habían asistido a algunos bailes populares y verbenas, pero prácticamente sin dos pesetas que gastar y llevando la vida modesta que correspondía a tal falta de numerario.

En Málaga, entre el sueldo y la gratificación por horas nocturnas, cobrábamos 300 pesetas al mes; pero como la fonda sólo nos costaba cuatro pesetas diarias, se disponía de un sobrante mensual de 180 pesetas, con las que mis amigos empezaron realmente a vestir bien y permitirse diversiones a las que nunca tuvieron acceso.

Las pequeñas ridiculeces a que me refiero, las veía perfectamente, pero estaba en la edad en que los defectos ajenos se diluyen fácilmente en la atmósfera de camaradería y buen humor propia de nuestros años. Así, pues, sin que dejara de tratarme con otros mayores, mis compañeros más asiduos eran Pavón, Juárez, Martín Sán-

chez y Canencia. Era con ellos con los que iba al cine, al teatro y al llegar el buen tiempo, por la noche, a los Baños del Carmen. Aquí, junto al mar, había una pista de baile en la que sobre todo Canencia y Martín Sánchez se lucían. Yo lo bailaba todo como un pasodoble. Ya podían tocar un tango o un fox; para mí todo se resolvía con la misma fórmula.

En el teatro, cuando se trataba de una compañía de comedias, o una revista, nos permitíamos el lujo de ir a las primeras filas de butacas, por cinco o seis pesetas, que era el precio de la entrada más cara.

Si se trataba de un concierto, entonces, para presumir de buenos aficionados, íbamos a paraíso y desde allí solía asistir en los descansos a un espectáculo verdaderamente cruel, pero en el que la víctima, quizá por costumbre o porque era impermeable a toda clase de insultos, no parecía sufrir lo más mínimo.

Figúrense un señor de unos treinta y cinco años, bajito, muy poquita cosa, con piernas cortas y arqueadas y una hermosa barba rubia cuidada con esmero, que tanto sobresalía en su pequeña persona, que en realidad daba la impresión de ser ella la única que se movía cuando su dueño hacía piruetas y contorsiones ridículas, saludando a todas las señoras y señoritas que ocupaban las plateas.

Al hacer nuestro hombre su entrada en la primera platea sonaba el primer grito prolongado y vibrante desde lo alto del teatro: ¡Don... Mierda! Este grito era inmediatamente secundado desde diferentes puntos del Paraíso. ¡Don... Mierda! El apóstrofe se convertía en un verdadero clamor, mientras el piropeado seguía con la mayor naturalidad saludando a todo el elemento femenino que ocupaba palcos y plateas.

No crean que al pobre señor, arquitecto municipal, sólo le molestaban en el teatro. Salía todas las mañanas a darse un paseo a caballo por el parque malagueño, y he de reconocer que si su figura era ridícula a pie, lo era muchísimo más a caballo. Parecía exactamente una barba rubia encaramada en la montura.

Detrás de cada árbol del parque, cada muchacho, es-

condido sólo para dar más ambiente a la burla, jalonaba el trote del caballo con los gritos de: ¡Don... Mierda!, ¡Don... Mierda!

Nunca le vi un gesto de mal humor ni jamás se enfadó con ninguno de los que le abucheaban. Tanta serenidad e indiferencia me hizo pensar si el calificativo correspondía a su tipo ridículo, o era que todo él, cuerpo y espíritu, se había amoldado al sobrenombre de Don Mierda.

Yo debía seguir estudiando los restantes ejercicios del ingreso en ingenieros, pero las amistades y el trabajo, sobre todo el nocturno, que tanto se prestaba a dar un matiz bohemio a nuestras vidas, fueron relajando mi voluntad y me dejé llevar por los acontecimientos. Acostarse cada tres días a las siete, a las seis o a las cinco de la madrugada, no era la vida más apropiada para coger los libros y estudiar con tranquilidad.

Si en Telégrafos me retiraba antes de las cinco de la madrugada no podía dormirme y me dedicaba a leer durante tres o cuatro horas.

Había un establecimiento que alquilaba novelas por cincuenta céntimos cada una con la obligación de devolverla a las cuarenta y ocho horas. Así fui devorando todas las obras de Blasco Ibáñez, Baroja, Palacio Valdés y ¡atención!: Vargas Vila. Pasó la moda de este autor; pero en aquella época era el preferido de la juventud. Su extraordinaria fuerza de expresión, con frases que parecían perforarnos, su espíritu rebelde, y su empeño en atentar contra todo lo respetable, nos atraía como una droga que con nuestras discusiones y comentarios hacíamos más apetecible.

Lo verdaderamente extraño era que si me atraía la lectura de «Ibis», «María Magdalena» o «La demencia de Job», del escritor sudamericano, no dejaban de encantarme novelas como «La hermana San Sulpicio», «Marta y María» o «José», de Palacio Valdés.

Blasco Ibáñez nos gustaba a casi todos, y en la mesa solíamos discutir las excelencias de «La Barraca», «Cañas y Barro», «Entre Naranjos», o «El Intruso». Pío Baroja no les entraba a todos. Canencia y yo presumíamos

un poco más de intelectuales, y mostrábamos gran entusiasmo por «La Busca», «Mala Hierba» y «Aurora Roja». Téngase en cuenta que Canencia, como buen chulillo, presumía de casi todo.

Un acontecimiento brindó a mis amigos una nueva oportunidad para presumir de Madrid, considerándose poco menos que como los representantes en Málaga de la capital de España. En el local llamado Baños de Apolo se instaló un Kursaal con un grupo de tanguistas y la correspondiente orquesta. Se bailaba hasta las tantas de la madrugada y como es usual en estas salas, se pagaban sólo las consumiciones que las tanguistas eran las encargadas de que fueran lo más abundantes y caras posibles.

Como de cada tres noches teníamos dos libres y siempre algún dinerillo, allí se lanzaron mis amigos poco menos que como conquistadores, y yo lleno de curiosidad.

Como bailaban Canencia y Martín Sánchez, llamaba realmente la atención y he de reconocer que me sentía orgulloso de que fueran mis compañeros y amigos los que en el Kursaal, cuando empezaba el baile constituían el centro de todos los comentarios.

En la mesa hablábamos con las tanguistas y aquí volvían otra vez los ridículos recuerdos del Paraíso Perdido que para ellos era su Madrid, y las muchachas, algunas de las cuales no habían ni pisado la capital española, les hacían coro y se daban importancia.

Una noche se produjo un pequeño incidente que vino a demostrarme que indudablemente yo estaba hecho de otra madera que la de mis amigos.

Bailaba Canencia exagerando los pasos de tango y como siempre tomando sus características actitudes presumidas, que subrayaba un sombrero un poco chulesco con que iba cubierto.

Aquella noche, en una mesa cercana había un grupo de la llamada «crema» malagueña que hacían el gasto con las mejores tanguistas. Ellos eran jóvenes, pero desde luego bastante mayores que nosotros. Pues bien, al pasar Canencia con su pareja, uno de aquellos señoritos le quitó el sombrero a mi amigo, que volvió con nosotros un poco irritado por la conducta «provinciana» del atre-

vido. Yo me indigné y consideré que estábamos obligados a vengar con hechos lo que representaba una verdadera humillación. Para mí no había otra salida que la agresión.

Canencia se levantó y con pasos rítmicos se dirigió a la mesa de los burlones con la más picaresca de sus sonrisas: —Denme el sombrero que se me están constipando las liendres.

Al grupo de «señoritos» le hizo mucha gracia la salida de Canencia, a quien convidaron a una copa de champagne, después de devolverle el sombrero.

El desenlace les pareció muy bien a mis compañeros, pero yo, la verdad, seguí sintiéndome humillado.